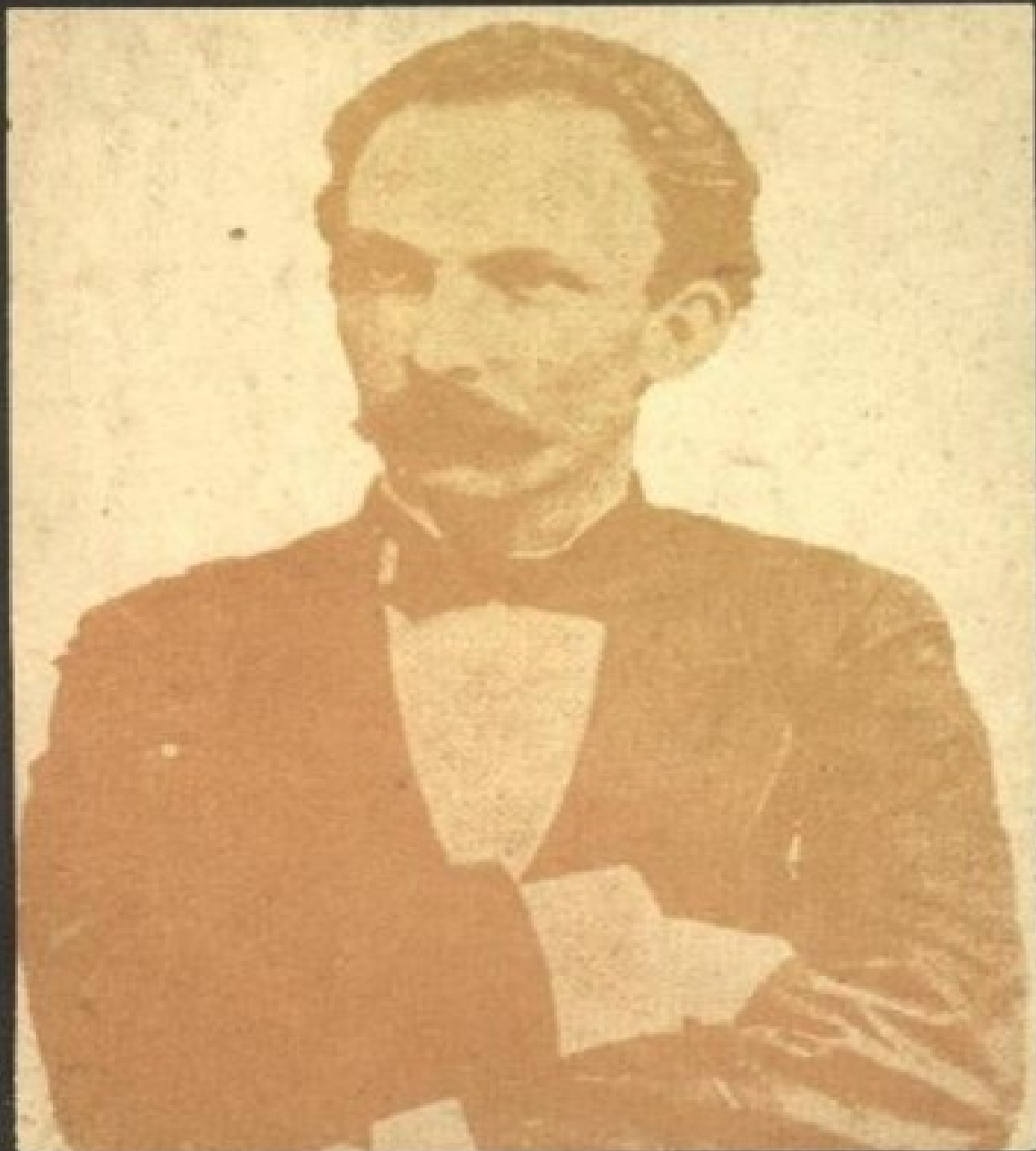


COLECCIÓN TESTIMONIOS



Blanche Zacharie de Baralt
**EL MARTÍ QUE YO
CONOCÍ**

Blanche Zacharie de Baralt

El Martí que yo conocí

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Este libro singular, publicado por primera vez en 1945,¹ lo reeditó en 1980 el Centro de Estudios Martianos con la colaboración de la Editorial de Ciencias Sociales. Ahora sale nuevamente a la luz, gracias al empeño compartido del Centro y otra fraterna Editorial, y a solicitud del Ministerio de Educación, que ha querido propiciar la familiarización de los alumnos con este fino testimonio de alguien que conoció personalmente a José Martí y supo apreciar sus cualidades.

Al igual que en la reciente edición que la antecedió, la que ahora ofrecemos ha sido cuidada por Nydia Sarabia, quien le ha añadido notas e ilustraciones. Las citas de textos de José Martí han sido cotejadas por sus *Obras completas*.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

PROEMIO

Blanche Zacharie de Baralt

La autora de *El Martí que yo conocí* nació en Nueva York el 17 de marzo de 1865, en la época en que comienzan a reverdecen en silencio las amarillentas hojas de los árboles y empieza a despuntar la primavera. Blanche Z. de Baralt supo conmover el corazón de los cubanos cuando dió a conocer en 1945 su primoroso libro.

¿Acaso esta pequeña obra no es el más vivo, fresco, y humano de cuantos retratos se han escrito por los que conocieron y trataron en vida al héroe cubano? La respuesta se encuentra una vez concluída la lectura. La autora describe un Martí de cuerpo entero, su dimensión humana y su estatura como poeta, periodista, orador, escritor y revolucionario. Allí también se encuentran sus avatares, sus éxitos, su afán de convocar y de unir, desde sus días neoyorquinos, a los cubanos emigrados, con los de la Isla, en apretado haz para la nueva lucha.

En este libro, cuyo antecedente fue una estampa titulada “José Martí, caballero”, de sus *Estudios de arte y de vida*, la escritora da a conocer lo que nadie había publicado del Martí íntimo. Sobre su encuentro con el Maestro ella dirá:

Había una soirée musical en la que me habían invitado a cantar. No tenía referencias de Martí; era para mí un señor cualquiera, un encuentro fortuito de sociedad. Mas, a los pocos minutos de conversación, con habilidad que no he visto igualada, había averiguado, sin interrogatorio, cuáles eran mis gustos, mis inclinaciones, mis esperanzas. Tocó la nota del arte, me habló precisamente de las obras que me apasionaban. Había estado yo en París, donde hacían furor los

paisajes de la Escuela de Barbizón.

Martí estaba al tanto de todo. Discutió conmigo cuadros, música y libros, de la manera más natural, con absoluta sencillez, sin hacerme sentir la diferencia que había entre una niña y un sabio.

Luego señala: “Pude apreciar al instante que era un hombre superior, de vastos conocimientos y de alma grande.” Corría el año 1884. Blanche contaba entonces con dieciocho años de edad. Era hija de Anna Zacharie y tenía varias hermanas. Había estudiado en París y hablaba el francés correctamente. Fue precisamente ese día en que conoció a Martí cuando le presentaron a otro cubano, al doctor Luis A. Baralt y Peoli, amigo del héroe americano. Blanche y Luis Baralt se comprometieron y al poco tiempo, a finales de 1886, fue la boda. Martí fue el padrino.

Luis A. Baralt y Peoli, patriota, poeta, profesor y médico, había nacido en Santiago de Cuba. Introdujo un nuevo sistema de enseñanza para los idiomas. En 1849 escribía sobre la “inteligencia y amor como base ideal de la educación”, “intellecto ed amore”, según lo concibe Dante en su *Divina comedia*. Baralt decía: “En la educación de niños y pueblos será, pues, preciso, si queremos formar hombres, cultivar el corazón además de la inteligencia.” Después del Zanjón, Baralt vivió expatriado en Nueva York. Fue profesor de Lengua y Literatura Españolas en The New York City College, y presidió el tribunal de examinadores oficiales que otorgó a Martí el cargo de profesor de Español en las escuelas nocturnas de la gran Metrópoli norteamericana. Baralt y Peoli era primo de Carmen Miyares Peoli, nacida en Santiago de Cuba, de origen venezolano; la patriota olvidada, la amiga de Martí en sus días aciagos, la madre de María Mantilla, la niña que tanto quiso el Maestro.

Cuando Martí llega a Nueva York (1880), al poco tiempo va a residir en la casa de huéspedes —sita en la calle 29, n. 5— de Manuel Mantilla, quien estaba casado con Carmen Miyares Peoli, y en esa época, muy enfermo y casi paralítico. Los Mantilla tenían tres hijos: Manuel, Carmen y Ernesto. Eran aquellos tiempos en que los cubanos, debido a la represión colonialista, emigraban a Nueva York, y una generación nueva crecía al influjo de gratas esperanzas para reiniciar la lucha emprendida por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de Octubre de 1868. Allí vivían los Quesada, los Miranda, los Carrillo, los Goicurúa, los Ponce de León, los Guerra, los Zayas, los Baralt y Peoli y otras

familias patriotas.

Blanche Z. de Baralt pasa revista en este libro a los casi quince años de vida agitada, de trabajo arduo y peligroso de Martí en Nueva York y otras ciudades norteamericanas excluyendo los viajes que realizara como propagandista de su gigantesca empresa por América.

Alguien ha descrito a Blanche así: “Tenía una belleza delicada, un poco aquilina, de ojos azules muy límpidos y cabello de lino. Cantaba maravillosamente aquellas canciones dulces e italianizadas de la época; recitaba versos ingleses, franceses. // [...] hablaba un castellano purísimo de leve acento extranjero.” Era una mujer de “cultura cernidísima”, pero “sin eruditismo empalagoso”. De una formación cosmopolita, hablaba a la perfección varias lenguas, cuando a principios de siglo asustaba el hablar con mujeres cultas y se consideraba hasta algo “pecaminoso”. Mitad cubana, mitad norteamericana, tal vez de origen judío, esa mezcla de nacionalidades no impidió que prevalecieran en ella los sentimientos de una verdadera cubana, aún sin haber nacido en el cálido trópico. En los Estados Unidos tuvo a sus hijos: Blanca, Adela y Luis Alejandro Baralt y Zacharie, quien fue un difusor de la cultura cubana y en especial del teatro. En la Universidad de La Habana realizó una extraordinaria labor en este sentido. Escribió obras teatrales, dictó conferencias y fue profesor de Filosofía y Estética. También fue enviado especial de Cuba al Perú con motivo de las fiestas por el centenario de la Batalla de Ayacucho e integró el Grupo Minorista. Adela Baralt Zacharie se casó en La Habana, el 25 de noviembre de 1918, con el poeta Mariano Brull, quien pertenecía a la diplomacia cubana acreditada en Washington.

Blanche Z. de Baralt regresó a Cuba con su esposo e hijos al terminarse la guerra, después de largos años en la emigración. Constituido su hogar en la Isla, educó a sus hijos a la manera de las prestigiosas familias cubanas de su época. No obstante su papel de madre y esposa, matriculó en la Universidad de La Habana y fue la primera mujer graduada en Filosofía y Letras de ese alto centro docente. Su último ejercicio de grado lo efectuó el 20 de noviembre de 1902 con las más altas calificaciones, lo que demuestra el valor de esta mujer que había barrido con los prejuicios epocales y rompía así con los obsoletos y carcomidos cánones de una sociedad capitalista. Dictó varias conferencias en el Ateneo de La Habana, entre ellas una titulada “Las dos Jorges” (se refería a la escritora francesa Aurora Dupin conocida como George Sand y a María Ana Evans, la escritora inglesa [1819-1880], George Eliot), en la que establecía un interesante

paralelismo entre las dos intelectuales. Y si ofreció conferencias en el Ateneo de La Habana antes y después de 1916, también lo hizo en Francia y los Estados Unidos. Fue por tanto la primera mujer escritora que puso “su pluma al servicio de los ideales feministas”.

Publicó en el *Diario de la Marina* un artículo titulado “El arte de conversar”, donde comentaba:

Dicen que es un arte perdido, se cuenta entre las maravillas del buen tiempo viejo, cuyas dulzuras nos es vedado libar a nosotros, los modernísimos, condenados a la vertiginosa carrera de la vida intensa. No tenemos sosiego ya para saborear esas pláticas, sobrias y reposadas, o esos cuentos amenos, salpicados de gracia, que llenaban de admiración a nuestros abuelos.

Y añadía más adelante: “La conversación es el alma de todo trato social. Para personas cultas que despejan la incógnita de una personalidad nueva: el intercambio de palabras que le revela el calibre intelectual, el carácter, las aficiones, las idiosincrasias, el espíritu que tiene enfrente.” En la revista *Social*—de la que era asidua colaboradora, al igual que otros escritores como Émilio Roig de Leuchsenring y Alejo Carpentier— publicó un artículo sobre “La Cruz Roja cubana” institución a la cual pertenecía junto a Mercedes Pintó de Carrillo, hija de Ramón Pintó y Teté Bances, esposa de José Martí Zayas Bazán, hijo del Maestro.

El lábaro humanitario [comienza diciendo], la Cruz Roja de Ginebra, cuyos brazos igual brillan, color de sangre generosa sobre un niveo fondo, inflama hoy el corazón de la mujer cubana y la guía en su misión de piedad y consuelo. Allá en el frente de batalla, donde se lucha y se muere por la libertad del mundo, llegan los auxilios preparados amorosamente por las manos blancas de las damas de Cuba y conseguidos por su caritativo empeño.

Gracias a ellas hay más compresas de gasas para restañar las heridas, vendas para curarlas y otros materiales y efectos para aliviar el sufrimiento y devolver la salud. Gracias a ellas hay para el soldado en las trincheras el fumar consolador, el cigarrillo que ayuda a soportar el tedio de las largas noches de guardia, a sacudir los miembros entumecidos por el frío y la humedad; el tabaco de Cuba con su aroma y fragancia trae el ensueño y rehace el ánimo.

Gracias a ellas hay allí azúcar; no el dulce, golosina superflua, sino el

elemento nutritivo sin el cual le falta algo importante al organismo; porque el jugo cristalizado de nuestra caña es un producto de primera necesidad, de importancia vital; cuando el soldado pasa algún tiempo privado de su uso la sangre se empobrece y las heridas rehúsan curarse.

Pero lo que más asombra en este trabajo es que previo y anhelado lo que es hoy una realidad en la Cuba revolucionaria:

En Cuba el servicio obligatorio para los hombres será algún día una realidad, pero antes las mujeres se han impuesto la santa tarea del servicio voluntario, contribuyendo al éxito de la guerra y al socorro de sus heroicos combatientes [...] // Las mujeres cubanas trabajan con entusiasmo y fe. Se han organizado en un cuerpo serio y disciplinado, aceptando cada cual como deber el cumplimiento de la labor asignada.

Los talleres de la Cruz Roja Nacional cuentan ya con directoras y obreras expertas, formadas allí mismo. Batiendo el hierro candente sobre el yunque se han manifestado talentos y disposiciones los cuales han podido utilizarse en la gran obra social que ha venido a nivelar todas las clases a la voz del servicio patrio.

Y concluyó: “Ya perfectamente organizada engruesan sus filas cada día las mujeres de Cuba bajo su humanitario estandarte, marchan al triunfo a paso redoblado.”

Escribió un artículo acerca de cómo Martí concibió su novela *Amistad funesta* en colaboración con Adelaida Baralt y Peoli, su cuñada, quien la publicó luego, en varias entregas, en *El Latino Americano*, de Nueva York, bajo el seudónimo de *Adelaida Ral*.

Blanche también editó, para turistas norteamericanos, un pequeño recetario de la cocina cubana titulado *Cuban Cookery*, donde revela su profundo conocimiento de la cocina criolla y su amor a la “patria adoptiva”, la patria “por el corazón”.

Gran sensibilidad tenía esta inolvidable amiga de Martí, que animó con su dulzura, su exquisitez y amor a Cuba las tertulias en el hogar de los Baralt, como “aquella primavera del fin de siglo neoyorquino” en la vida del héroe cubano.

A mediados de 1947, ya anciana, pero todavía con el espíritu juvenil, se marchó a Ottawa, Canadá, para visitar a sus hijos. Allí murió. Para ella la muerte era algo natural en la condición humana. No fue, por tanto, una cuestión inesperada. Cuentan que poco antes de expirar dijo: “Estoy lista.”

Así murió esta extraordinaria mujer, amiga sincera de Martí en sus años difíciles. Había pedido que al morir la enterraran en Cuba junto a su esposo. Embalsamado su cuerpo, fue traída a La Habana y sepultada el domingo 16 de noviembre de 1947, en “una especie de túmulo de piedra, armonioso y moderno, sobre cuyo dintel se veía, esculpida en la piedra, una rama de laurel, o tal vez de mirto”.

Y al evocar aquí a Blanche Z. de Baralt, por haber escrito este maravilloso retrato de José Martí, dejamos caer, con todo respeto, sobre su túmulo una fresca rosa roja, cubana y eterna a su memoria.

NYDIA SARABIA

*A la amada memoria de mi
marido, Luis Alejandro Baralt
y Peoli, fervoroso amigo de
Martí*

ADVERTENCIA

No es este libro una biografía de Martí. Hay varias magníficas que nunca pretendería yo superar, ni igualar siquiera.

Tengo, sin embargo, un título que me da derecho a escribir sobre nuestro Héroe Nacional: el de haberlo conocido y tratado durante diez años, en los cuales pude verlo de cerca, estudiar su personalidad, sus gustos, su carácter, y moverme en el medio en que él se movía.

Mi ilustre amigo Emeterio S. Santovenia me ha instado a que avive mis recuerdos, hurgue en mi memoria, antes de que se pierdan en la noche del olvido tantos nimios hechos de esa vida ejemplar que me tocó en suerte conocer. Cediendo a esta instancia, he procurado recogerlos en estas páginas.

He querido evocar también a sus amigos de Nueva York, el ambiente de la colonia cubana en los años que Martí pasó allí, los sucesos que dieron sosiego y esparcimiento a su existencia de intenso trabajo; y si con esto he podido contribuir en algo a arrojar un poco más de luz sobre su egregia figura, tan humana, tan sencilla, tan dulce en el trato familiar; si he logrado acercar a Martí un tanto más al corazón de sus compatriotas, para que lo miren como a un hermano mayor que los quiso mucho y dedicó su vida entera a hacerlos libres y felices, habré realizado, en la medida de mis fuerzas, uno de sus más fervorosos anhelos: sembrar el amor.

BLANCHE ZACHARIE DE BARALT

EL PATRIOTA

Nadie enganchó su carro a una estrella con más firme propósito de alcanzar la meta, sean cuales fueren la altura y la dificultad del camino, que José Martí.

Amó a Cuba, y la independencia de la patria fue la luz que guió e iluminó su vida.

Muy diferente era su personalidad de la de muchos jefes hispanoamericanos; no tenía aire marcial, ni métodos dictatoriales, ni ambición desmedida.

Inalterable en su determinación, era, no obstante, “tierno hacia los hombres y fiel a su propia alma”.

Sus convicciones surgían del corazón, pasando por su cerebro poderoso.

Era sincero, de ahí la fuerza irresistible de su avasalladora palabra.

Hombre de vastísima cultura, estudiaba sin cesar y tenía una capacidad asombrosa para el trabajo.

Para conocer a Martí hay que considerarlo bajo el triple aspecto de pensador, artista y hombre de Estado.

Sus modales corteses, y la agudeza de sus apreciaciones artísticas, sus delicados y magníficos versos lo colocan en un medio ultra refinado; era, sin embargo, de origen humilde, de familia modestísima.

Su padre, Mariano Martí, vino a Cuba, de Valencia, como soldado. España recompensaba el servicio de Ultramar con buen sueldo y ascenso rápido. No tardó en llegar a oficial subalterno de artillería. Después de dos años, se casó con una joven canaria, Leonor Pérez. Su primer hijo, José Martí nació en La Habana el 28 de enero de 1853.

Más tarde fue transferido Mariano de la artillería al cuerpo de policía, y así, por ironía de la suerte, José Martí, el archirrebelde, el conspirador, empezó la vida como hijo de oficial español de policía.

A los doce años de edad, entró, como alumno, en un excelente colegio dirigido por Rafael María de Mendive, cuya influencia fue capital en la formación del joven estudiante.

Mendive tomó un interés paternal en el muchacho inteligente y Pepe se enamoró sencillamente de su maestro.

La aspiración suprema de Mendive era la independencia de Cuba. Estas ideas, por lo mismo que eran peligrosas, enardecieron al jovencito y la llama que prendió en su pecho no habría de extinguirse hasta que una bala española apagó su vida, muchos años después, luchando por la libertad de su patria en el campo de batalla.

Varias veces se había tratado de sacudir el yugo de España, pero sin éxito. Después de cada fracaso el gobierno colonial aumentaba la opresión a los cubanos.

El ambiente, cargado de descontento, preparaba una tempestad. Estalló el 10 de Octubre de 1868, cuando Carlos Manuel de Céspedes lanzó el grito de Cuba Libre en su ingenio la Demajagua, dando la señal para un levantamiento que inició la Guerra de los Diez Años, lucha desigual de los patriotas contra fuerzas superiorísimas. No se cansa uno de escuchar el relato de los hechos heroicos de los mambises, de las hazañas legendarias de Agramonte, Gómez y Maceo, del valor espléndido de las mujeres de Camagüey y de Oriente, que acamparon en el monte con sus hombres, dieron a luz en la manigua, sembraron y recogieron sus cosechas en lugares escondidos, donde se podía; preparaban los alimentos, cosían la ropa, curaban los heridos y, si precisaba, cargaban al machete.

Muchas de estas eran señoras distinguidas que todo lo habían dejado para ayudar a la causa de la libertad.

Pero el titánico esfuerzo fracasó. Después de una década de resistencia increíble, los insurrectos firmaron el Pacto del Zanjón, en el cual España prometió reformas que nunca se cumplieron.

Desde el principio de la guerra el Gobierno perseguía a los conspiradores, infligiendo castigos ejemplares a todo implicado. Ningún cubano podía considerarse a salvo a menos de oponerse abiertamente a la Revolución.

Martí había metido en el movimiento cuerpo y alma. Con su íntimo amigo, Fermín Valdés Domínguez, escribió folletos donde exponía los agravios de los cubanos; publicó un periódico para estudiantes, que circulaba, por supuesto, clandestinamente; trató por todos los medios de intensificar la propaganda y ayudar la causa.

Pero ¡ay! el juego era demasiado peligroso para que escapase a los ojos de Argos de las autoridades. Después de un registro en casa de Valdés Domínguez, ambos muchachos fueron detenidos por haber escrito una carta increpando a un discípulo que se había afiliado a las milicias españolas.

Arrestados, en octubre de 1869, Fermín fue condenado a seis meses de cárcel; Pepe, por sostener que la carta no era obra de su amigo, sino suya, a seis meses de trabajos forzados.

Vistieron al adolescente —no tenía aún diecisiete años— con el traje de presidiario; le impusieron un cinturón de hierro del cual pendía una pesada cadena, remachada a un grillete en el tobillo, de modo que cada paso que daba era una tortura. Lo asignaron a una cuadrilla que trabajaba desde la madrugada hasta la caída de la tarde, en las canteras, bajo el ardiente sol tropical, apaleándolo cuando sus fuerzas flaqueaban.

Mariano, desolado de pensar que un guardián de la paz, en nombre del rey, tuviese un hijo insurrecto, tenía, no obstante, el corazón lacerado por los sufrimientos del muchacho.

Él y su angustiada esposa imploraban la clemencia oficial. Día por día buscaban quien pudiera influir en las autoridades en favor de su hijo, hasta que, por fin, después de muchos meses afanosos, logró Mariano que un amigo influyente se condoliese de la juventud y de los sufrimientos del reo, consiguiendo que fuese conmutada la pena de presidio por la de exilio.

Martí fue deportado a España.

Llegó a Madrid pobre y enfermo. Por suerte no tardó en encontrar amigos y trabajo. Enseñando y escribiendo pudo sufragar los gastos de su vida y de sus estudios universitarios.

A pesar de su quebrantada salud —consecuencia de las penalidades sufridas en el presidio— logró, después de cinco años intensísimos, graduarse en Derecho y en Filosofía.

El tiempo pasado en España fue sumamente provechoso para la cultura del joven; escuchó a los grandes oradores de la época, asistió a las sesiones del Parlamento, frecuentó los museos, dedicándose a la apreciación de la pintura, la música, el teatro, las letras, todas las artes.

Terminados sus estudios, anhelaba volver a la patria lejana, pero allí ardía aún la guerra y él estaba desterrado.

Logró salir de España y llegar a México, donde fue bien recibido, encontrando trabajo enseguida.

La publicación de versos, ensayos, artículos le dio fama literaria. Fue recibido en los círculos más exclusivos. Sintió que era necesario aprovecharse de su reputación creciente para adelantar los intereses de Cuba libre, ayudar a los valientes mambises que luchaban en la manigua, intensificar la propaganda insurrecta, particularmente en la *Revista Universal*, a cuyo cuerpo de redacción pertenecía.

Lerdo de Tejada, el presidente liberal, cesaba en su mando y Porfirio Díaz inauguraba su largo período dictatorial. No queriendo Díaz contrariar la opinión de gobiernos amigos, se mostró adverso a la actitud del rebelde, desoyendo las súplicas ardientes de Martí en pro de Cuba encadenada.

Dándose cuenta de que el ambiente oficial había cambiado, decidió irse antes de ser considerado persona *non grata* en una ciudad en que tenía tantos amigos y donde se había comprometido con una cubana joven y elegante, que residía en México con su padre, Carmen Zayas Bazán.

La vecina Guatemala estaba en un período constructivo bajo la férrea mano de Justo Rufino Barrios, para quien tenía Martí cartas de presentación.

Fue recibido en Guatemala con cordialidad; le ofrecieron una cátedra de literatura en la Escuela Normal y luego en la Universidad. Sus conferencias hicieron sensación: todo el mundo quería escuchar al joven profesor cuya sabiduría y elocuencia eran tan notables.

Martí tenía entonces veinticuatro años; era de mediana estatura, delgado, flexible, con ojos soñadores que de repente brillaban con fuego sorprendente; su boca era sensitiva y seductora su voz. Era sumamente simpático y tenía, sea dicho de paso, mucho partido con las damas.

Ansioso por volver a la patria, después de ocho años de exilio, se acogió a la amnistía general concedida al firmarse el Pacto del Zanjón.

En La Habana formó parte del bufete de su antiguo amigo en el destierro don Nicolás Azcárate. Pero su mayor empeño no era la abogacía, sino la independencia de Cuba.

Pese al recién firmado tratado de paz, había aún gentes alzadas en el campo, negadas a deponer las armas, y en las ciudades reinaban el desaliento y el temor. Martí se propuso inspirar confianza, ganarse la buena voluntad de sus compatriotas; hacer que amasen más a Cuba. Su primer cuidado fue darse a conocer a fin de adquirir autoridad y crédito. Sus discursos en el Liceo de Guanabacoa, sus conferencias sobre asuntos literarios y científicos, no tardaron en ganarle prestigio como intelectual; pero su entusiasmo imprudente en defensa

de la libertad le costó caro.

Las autoridades españolas, considerándolo peligroso, lo deportaron de nuevo.

Ahora vienen los largos años de exilio y de trabajos en Nueva York. Se unió a la Junta Revolucionaria que no se había disuelto y proyectaba un nuevo levantamiento.

Martí trató de disuadir a los organizadores, haciéndoles ver la locura de mandar expediciones que no estuvieran suficientemente preparadas para asegurar una campaña victoriosa. El hombre, que creían temerario, daba consejos prudentes, bien meditados.

Se necesitaron años para coordinar el movimiento y levantar los fondos imprescindibles. Martí fue incansable en el cumplimiento de esta tarea hercúlea. Hostigado sin cesar, tuvo que conquistar a los cubanos que habían emigrado a los Estados Unidos, infundir nueva fe y entusiasmo en su espíritu desilusionado; viajando por doquier se hallaban colonias de cubanos, empleando un tono de suave convencimiento o de apasionada súplica, subyugando el corazón de sus auditores, implorándolos a trabajar por Cuba, por la causa justa, su propia dignidad y el triunfo de la democracia.

Dio el ejemplo de ternura hacia los desheredados, fraternizando con todas las razas.

Su mayor fuerza estaba en el amor, y todos los que estuvieron en contacto con él sintieron la sinceridad de sus convencimientos, la pureza innata de sus propósitos, su desinterés absoluto.

Aunque predicaba una cruzada emancipadora, tuvo que restringir el ímpetu de los antiguos jefes militares impacientes por volver a luchar.

“No es otra guerra lo que queremos lanzar”, declaraba, “sino un esfuerzo unido para establecer una república sana y segura.”

El fracasado levantamiento de 1884, demostró, claramente, su visión política, pero lo distanció, por un tiempo de los cabecillas veteranos. No les guardó rencor por haber desatendido sus consejos: era la abnegación y la humildad personificadas.

Aunque la independencia de Cuba era su objeto primordial, tuvo Martí que ganarse la vida, mantener a la esposa y al hijo que se habían reunido con él en Nueva York. Intensificó su trabajo de periodista, escribió en el *New York Sun*, en varias revistas de México, Venezuela y otros países hispanoamericanos.

Escribía sin cesar.

En diciembre de 1891, Martí fue invitado a hablar en Tampa, Florida, donde una colonia numerosa de cubanos dedicados a la industria tabacalera, mantenía el fervor patriótico con intenso ardor.

Cautivó al público con su magnética palabra. Siendo el terreno propicio, la semilla fructificó admirablemente. Se fundaron clubes para recaudar fondos, se solicitaron donativos; había que buscar recursos.

La Guerra de los Diez Años fue financiada por hacendados ricos; esta revolución fue costeadada, principalmente, por las contribuciones acumuladas de simples obreros. Fue, necesariamente, un proceso lento.

Las grandes fábricas de tabaco de Cayo Hueso siguieron el ejemplo: Martí fue aclamado con delirio allí, como lo había sido en Tampa, y con resultados igualmente beneficiosos para la causa.

La fuerza libertadora venía saliendo de un movimiento popular. Los clubes iban surgiendo en Filadelfia, Chicago, Nueva York, Brooklyn y en otras ciudades de la Unión: dondequiera que se hallaba un grupo de cubanos. Se enviaron emisarios a Sur y Centroamérica con el mismo objeto.

El cónsul general del Uruguay en Nueva York, don Enrique Estrázulas, gran amigo de Martí, deseando trasladarse a Europa por algún tiempo, pidió a este que se hiciera cargo del consulado durante su ausencia. Mientras tanto, Martí fue nombrado, con igual cargo, por los gobiernos de la Argentina y del Paraguay.

Como delegado del Uruguay tomó parte en la Conferencia Monetaria Interamericana, que tuvo lugar en Washington, presentando un informe sobre el bimetalismo que fue muy celebrado.

Cuando el ministro de España se quejó a las autoridades norteamericanas de las actividades de Martí contra la soberanía de su nación en Cuba, este renunció inmediatamente a sus tres consulados y volvió a su pobreza anterior.

Se intensificó la campaña floridana; mas, había que prepararla también en Cuba. Era imposible que una invasión armada no apoyada en el país tuviese éxito.

Martí, ahora jefe del Partido Revolucionario, desplegó todo su tacto y toda su habilidad en esta empresa.

Se enviaron hombres de confianza para concertar la unidad de acción en la Isla y para asegurar la cooperación de los jefes veteranos dispersos en otros países.

Máximo Gómez debía mandar una expedición que saldría de Santo Domingo; Maceo y sus hombres una de Costa Rica; Calixto García y otros

capitanes respondieron al llamamiento de Martí.

Iban acumulándose, en secreto, armas y municiones. Tres barcos: el Lagonda, el Amadís y el Baracoa, fletados y bien equipados, debían salir en enero de 1895 de Fernandina, pequeño puerto de la Florida.

Todo parecía listo, cuando, pocos días antes de la fecha convenida, llegó, como un rayo, la noticia de que los tres barcos habían sido confiscados por las autoridades de los Estados Unidos: un traidor los había delatado. El fruto de infinitos esfuerzos, de años de paciente trabajo, se había malogrado en un instante. Anonadado de momento, por tan rudo golpe, Martí demostró en todo la grandeza de su alma. Valiente, no se dejó abatir. Había podido eludir a sus perseguidores, parte de la carga pudo salvarse, amigos generosos acudieron en su auxilio; no había que desesperar.

Los clubes se sorprendieron de ver que tan formidable expedición pudiera adquirirse con sus modestas contribuciones.

El poeta había demostrado ser buen hacendista, gran hombre de negocios.

Ya Cuba se había alzado en armas: era necesario apoyar el movimiento a toda costa.

Martí vuela a Santo Domingo, a reunirse con Gómez. Ya en anterior ocasión, Martí le había dicho al viejo general: “Yo sabía que Ud. accedería aunque la única recompensa que puedo ofrecerle es el placer del sacrificio, y muy probablemente la ingratitud de los hombres.”

Ahora ambos convienen en que no hay tiempo que perder.

Con un puñado de valientes salieron hacia Cuba en un velero y desembarcaron de noche en una pequeña ensenada cerca de Baracoa, en Oriente.

Con cuidado caminan por la maleza hasta encontrar el bohío de un guajiro, donde le informan que el campamento de Masó está cerca, pero que hay patrullas españolas operando en el vecindario. Despachan un mensajero al más próximo campamento mambí para anunciar su llegada.

La alegría de Martí no tiene límites. Respira, al fin, el aire de Cuba libre. Su sueño es ya realidad.

Los contingentes de Bartolomé Masó y de José Maceo se unen a ellos. Antonio Maceo está operando en otra sección.

Los patriotas confieren a Martí el rango de General; pero deciden que, como jefe civil de la Revolución, debe volver a Nueva York y ocuparse del envío de expediciones futuras.

Gómez se adelanta para consolidar la acción militar. Martí debe permanecer

en Dos Ríos hasta su vuelta, para conferenciar antes de partir.

El 18 de mayo, avisan al general Gómez que un gran convoy, custodiado por fuerzas enemigas, se mueve en esa dirección. Gómez decide atacarlo y sale con un buen contingente de hombres armados.

Mientras tanto, Ximénez de Sandoval, el comandante español, informado del paradero de los cubanos por un mensajero mambí capturado, pone a salvo el material de guerra que llevaba y permanece veinticuatro horas inactivo. Gómez, decepcionado, vuelve con su gente al campamento; pero, a poco, el centinela de avanzada avisa la proximidad del enemigo.

Todos montan a caballo precipitadamente y salen a combate. Martí los sigue, no obstante la consigna de que lo tuviesen a retaguardia. Mas ¿quién retiene en ese momento de supremo peligro al hombre ávido de sacrificio?

En frenético galope se lanza en dirección de los suyos, cuando una repentina descarga sale de los cercanos matorrales; alcanza al caballo de su compañero, el joven Ángel de la Guardia, quien, al caer, se encuentra apresado debajo de su montura. Al librarse, aturdido por el golpe y medio cegado por la polvareda, ve a Martí tendido en el suelo, con la quijada destrozada y una bala en el pecho.

Cuando Ximénez de Sandoval descubre la identidad de su víctima, apenas puede creerlo. El famoso líder mambí, muerto. Será, a no dudarlo, el golpe final de la Revolución.

Mas, la sangre de los héroes, como la de los mártires, suele abonar su causa. En vez de terminar la insurrección, le dio nuevo ímpetu.

Los patriotas lucharon épicamente durante tres años; hasta que la explosión del acorazado Maine, en la bahía de La Habana, precipitó los acontecimientos que culminaron en la guerra hispanoamericana, la derrota de España y la pérdida de su último baluarte en el Hemisferio Occidental.²

El transcurso de medio siglo nos da la perspectiva para juzgar a Martí y se puede afirmar que en su celebridad va cada vez en aumento.

Esto coincide con el mayor conocimiento de sus obras, no difundidas con amplitud hasta fecha reciente.

Nuevas biografías y apreciaciones críticas aparecen constantemente.

Se lee con avidez cuanto se refiere a Martí. No sólo en Cuba, sino en todos los países de habla española, —aun España, cuyo Gobierno, no su pueblo, combatió— se le tiene en alta estima. Me complace constatar que uno de los tributos más conmovedores que he oído sobre Martí, fue pronunciado en La Habana por un conferencista español.

Consuela pensar que en estos tiempos de odio y de crueldad, cuando el mundo parece haber olvidado la proclamación angélica: “Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”, la América Latina haya producido un héroe de ese calibre, una especie de santo laico.

Martí no pertenece sólo a Cuba; pertenece a la América entera, sobre todo a la parte de habla española que él llamaba nuestra América.

Él es una fuerza bienhechora de la cual nos sentimos todos orgullosos, una magna figura del Hemisferio Occidental. Forma parte del triunvirato de la libertad americana; Washington, en el norte, Bolívar, en el sur, Martí en el centro.

EL HOMBRE

Aunque se ha escrito mucho sobre Martí, nos convidan a evocarlo una vez más. Quizás nos disculpe el hecho de que vamos a alejarnos de la senda trillada y abordar el asunto desde el punto de vista femenino, casi íntimo.

Curioso es que durante un cuarto de siglo la figura de Martí fue poco estudiada en Cuba.

Todos lo admiraban como patriota, forjador de la independencia, pero en la mente popular no estaban muy claros los perfiles de su personalidad.

En los últimos dos o tres lustros, con el mayor conocimiento de su obra escrita y las magníficas biografías de Mañach, Lizaso y Márquez Sterling entre otras, la figura del Apóstol ha surgido de cuerpo entero ante la visión de sus compatriotas.³

Hay una verdadera sed por enterarse de los detalles de su vida y del alcance de su pensamiento. Hay, quizás, también un anhelo de renovación moral, de virtud, que nos hace volver ansiosos los ojos hacia él para que su espíritu nos guíe y nos ilumine.

No todo el mundo se da cuenta de que Martí, adulto, apenas vivió en Cuba.

Nació en La Habana, pasó aquí su infancia y adolescencia hasta los dieciséis años, cuando fue preso por delito político, e ingresó en el presidio, entregado a los más duros trabajos en las canteras, bajo el ardiente sol del trópico, con grillete y cadena.

Parte de esas canteras, las antiguas de San Lázaro, calle 27 y Hospital, en el Vedado, han sido rescatadas al olvido gracias a las gestiones de numerosos escritores martianos en Cuba.

El sitio que presencié los sufrimientos de tantas víctimas del infame régimen penal de la colonia y fue regado por el sudor y la sangre del joven José Martí,

está convertido en bello rincón consagrado a su memoria. Una lápida conmemorativa y una efigie en bronce del Apóstol presiden una biblioteca de sus obras y las de sus biógrafos y comentaristas.

Después de un año de presidio, pudo, por fortuna, ser conmutada su pena por la del exilio. Salió para España, pues, casi un niño en edad, aunque todo un hombre en carácter y en saber, para no volver a Cuba sino por un año, aprovechando la amnistía general después del Zanjón y finalmente, por treinta y ocho días antes de su muerte en la manigua.

No es de extrañar, por lo tanto, que pocos lo conocieran. Su presencia en La Habana, fulgurante y dinámica, fue como la de un meteoro.

Los que sí pudieron tratarlo más fueron los cubanos de Nueva York, donde vivió, con la interrupción de cortos viajes al sur de los Estados Unidos, a las Antillas, a Centroamérica y a Venezuela, desde 1880 hasta 1895 —quince años.

Allí se desarrolló el período más importante de su vida. Allí trabajó, conspiró y organizó la magna obra de la independencia de Cuba.

Los que vivimos entonces en aquella ciudad y lo tratamos de cerca en esos años decisivos, lo conocimos bien. Hemos visto batir el hierro candente sobre el yunque; hemos presenciado sus triunfos oratorios; hemos sentido la magia de su palabra en la tribuna y su suavidad en el trato familiar; hemos podido aquilatar la nobleza de su alma.

Ya vamos quedando pocos de los que conocimos a Martí; pero si el tiempo empaña y destruye las cosas materiales, aviva y engrandece las del espíritu.

A medida que pasan los años la figura del Apóstol aparece nimbada de nueva luz para el mundo, mientras echa raíces más hondas en el corazón de los que lo quisieron.

Me complazco a veces en revivir los años de Nueva York cuando el glorioso héroe era el patriota desterrado, batallando con indomable tenacidad por el ideal de la independencia, trabajando en silencio reclutando partidarios de la libertad cubana en las fábricas o encendiendo el entusiasmo de correligionarios influyentes en los salones, aunando voluntades en todas las esferas con su personalidad magnética, con la fuerza irresistible de su claro talento y de su fe sin límites.

Al hojear de nuevo sus libros, al devorar las vibrantes páginas donde el Maestro ha grabado como en planchas de acero, con firme buril, los anhelos de su alma ardiente, su visión de los hombres y las cosas, he sentido latir el corazón genial del autor y evocado su imagen y su persona sugestiva como lo conocí y

traté más de diez años seguidos, siendo el fraternal amigo de mi marido, tertuliano constante, respetado y querido de nuestra casa.

¿Quién no conoce a Martí como patriota, como hombre de acción, como carácter enérgico, tribuno insigne, escritor de fuste?

Muy pocos, fuera de aquellos que gozaron de su trato exquisito y consecuente afecto, conocen el encanto del leal amigo, hombre culto y cumplido caballero, cuya alma, llena de ternura, rebosaba con la “leche de la bondad humana”.

Poseía en grado sumo el arte de ganar amigos y de conservarlos: sabía como dice Shakespeare, “aferrarlos a su alma con garfios de acero”, Comprendía el valor trascendental del puro sentimiento que llamamos amistad: *rien de plus commun que le nom, rien de plus rare que la chose*, como dijo el buen La Fontaine, y no escatimó los sacrificios que en su ara ofrecía para mantener siempre viva su llama. Era generoso con excelsitud: daba, daba sin tregua, su cariño, su inteligencia, su tiempo, su saber, su bolsa —enjuta con frecuencia— jamás cerrada. Daba hasta dar en supremo holocausto su propia vida.

Ninguno era tan alto y encumbrado que Martí no pudiese llegar a él; ni tan bajo y humilde que no supiera hacerse pequeñito y sencillo para hallar su nivel.

La bondad de su alma se revelaba en infinitos detalles.

Al llegar a una casa, por ejemplo, hallaba una palabra amable para cada uno. Recordaba las personas que había visto una sola vez y las llamaba por su nombre; se interesaba en todos; los cautivaba con una sonrisa, con una mirada expresiva. Amaba a los niños, y los chicos tenían encanto con él.

Poseía el arte de escuchar, cosa rara en el que tiene el don de la palabra.

Sabía agradar haciendo que los demás se sintieran complacidos de sí mismos, y eso con perfecta naturalidad, sin adulación. “No hay quien no tenga algo bueno”, decía; “falta saberlo descubrir.”

Otro rasgo de delicada generosidad: en las fiestas de la colonia, Martí solía sacar a las muchachas menos atractivas, las que no tenían compañero, y cuando María Mantilla le preguntó una vez por qué escogía para pasear por el salón o llevar al *buffet* las menos agraciadas, dijo Martí: “Sí, hijita, porque a las feas nadie les hace caso, y es deber de uno no dejarlas sentir su infelicidad”, y salía muy orgulloso con su pobre compañera.

María me recuerda también que si alguna vez sus hermanos le hablaban con rudeza, Martí los amonestaba diciendo: “A que no le hablas así a la hija del vecino o a cualquier extraña; ¿por qué lo haces con tus hermanas que merecen

más delicadeza y ternura que las de afuera?”

Ese don de gente, ese talento de hacerse querer no fue en Martí un factor despreciable en su obra de propaganda política: sumado a su fervor patriótico y a su elocuencia, el imán de su personalidad atrajo millares de adeptos a la causa de la libertad de Cuba.

Atravesó la vida dejando a su paso una estela de simpatía. Como en toda alma de innata distinción, la delicadeza de sentimientos sugería el gesto o la palabra adecuada, la finura le brotaba del corazón.

Ser cumplido le era natural, como lo demuestra su inmensa correspondencia. Siempre encontraba el tiempo, por atareado que estuviese, para contestar una carta, importante o baladí.

Le encantaba escribir —no sólo sus trabajos literarios, muchas veces, por desventura, trabajos forzados— se deleitaba hasta en escribir breves esquelas a sus amigos, para comunicarles una noticia, o para agradecerles un insignificante favor.

La pluma en su mano, fina y nerviosa, era un atributo que parecía formar parte de su propio ser.

Muy bien interpretado está el carácter del escritor de raza en el cuadro del artista escandinavo Herman Norrman, único retrato al óleo, del natural, que de Martí existe.

Está en el museo José Martí de La Habana y estuvo mucho tiempo colgado sobre el escritorio del Maestro en su oficina de Nueva York, 120 Front Street.

Norrman tenía un estudio en la calle 14, con mi cuñado, Federico Edelmann, y el artista peruano Patricio Gimeno, ambos muy amigos de Martí. Tanto había oído hablar a sus colegas del talentoso cubano que quiso conocerlo, y Edelmann lo llevó un día a la oficina de Front Street. El sueco se entusiasmó con la charla de Martí, se pasmó de admiración ante su conocimiento de los pintores escandinavos y con sus atinadas observaciones sobre cosas de arte; cayó, como tantos, bajo el hechizo de su palabra y quiso retratarlo.

Los pintores y escultores de hoy que quieren reproducir la imagen del Apóstol deberían estudiar detenidamente aquel retrato que tiene el sello de su espíritu, su carácter esencial. Los artistas que nos lo muestran encorvado, desaliñado, no han comprendido, en absoluto, el personaje, que era lo que los americanos llaman un *live wire*, un alambre vivo, alerta, erguido, cuidadosamente vestido, aunque a veces, con pobreza. Es cierto que en aquel tiempo un caballero que se respetase nunca se presentaba en *negligé*; pero era,

sobre todo, su actitud interior que se transparentaba en su apariencia física.

Recuerdo, como si fuese ayer, la primera vez que ví a Martí. Era yo jovencita de dieciocho años; me fue presentado en una reunión en casa del doctor Luis A. Baralt, quien más tarde fue mi esposo, y a quien también conocí esa misma noche. Había una *soirée* musical en la que me habían invitado a cantar. No tenía referencias de Martí; era para mí un señor cualquiera, un encuentro fortuito de sociedad. Mas, a los pocos minutos de conversación, con habilidad que no he visto igualada, había averiguado, sin interrogatorio, cuáles eran mis gustos, mis inclinaciones, mis esperanzas. Tocó la nota del arte, me habló precisamente de las obras que me apasionaban. Había estado yo en París, donde hacían furor los paisajes de la Escuela de Barbizón. Martí estaba al tanto de todo. Discutió conmigo cuadros, música y libros, de la manera más natural, con absoluta sencillez, sin hacerme sentir la diferencia que había entre una niña y un sabio.

Del mismo modo se hizo conocer de mí. Pude apreciar al instante que era un hombre superior, de vastos conocimientos y de alma grande.

Nunca desmintió aquella primera impresión.

No quisiera dar aquí una idea de frivolidad en Martí, sino indicar las mil facetas de su espíritu abierto a todas las manifestaciones de la vida, y al punto me permitiré contar una anécdota que de seguro sus biógrafos desconocen.

Pocos días antes de mi matrimonio me dijo Martí:

—Blanche, voy a pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Quiero que me deje ver su *trousseau*.

—Bueno —le dije—, tal día irán mis amigas a casa, venga usted también, o un poco antes, si le parece.

Llegó, y con mi madre y mis hermanas, estuvo examinando como un chiquillo, ropa, vestidos y sombreros, haciendo un fino comentario y poniendo nombre a muchas cosas.

Martí fue padrino de mi boda.

Un tiempo después, encontrándome con mi marido, recordó la prenda que había visto y me dijo: “Veo que lleva usted el sombrerito ‘casto’.” En otra ocasión reconoció el vestido “discreto” o el abanico “perverso” —nombres puestos por él el día de la exposición del *trousseau*.

Esto confirma lo que, con gran acierto, dijo Gabriela Mistral: “Martí era un hombre, mujer y niño en uno.”

Cuando la gente piensa en el Maestro y evoca su figura venerable, suele

olvidarse de que murió joven. Cuando lo conocí tenía treinta años, un muchacho. Cuando cayó en Dos Ríos contaba cuarenta y dos. Sólo su talento y la intensidad con que vivió le permitieron llevar a cabo una obra inmensa.

Tenía una capacidad para el trabajo que algunos llaman genio.

Su labor periodística era asombrosa. Lo publicado en periódicos sudamericanos llena diez gruesos volúmenes; muchos de estos trabajos eran obras de alto valor crítico y literario; muchos se consideran hoy clásicos. Martí, en una época, trabajaba varias horas cada día, como secretario contador, en una oficina comercial; tradujo al castellano del francés y del inglés numerosos libros de texto y novelas, publicó varios libros de versos, editó el órgano oficial de la Revolución, *Patria*, escribiendo personalmente la mayor parte de su contenido, como hizo de esa exquisita revista para niños, *La Edad de Oro*. Mantenía una correspondencia enorme, y no digamos nada de su actividad política, objeto primordial de su vida; ni de las horas dedicadas, casi todas las noches, a enseñar a los cubanos pobres de La Liga. No dormía probablemente más de tres o cuatro horas, porque todavía encontraba el tiempo de leer omnívoramente (siempre tenía al dedillo la marcha del mundo, estaba enterado del último libro, de la última comedia, de la última invención); le alcanzaba el tiempo para visitar a sus amigos y parecer fresco y sonriente cuando se presentaba en un salón.

Aparte de su obra de propaganda, viajando sin cesar, hablando constantemente en mítines, moviendo la prensa, levantando fondos, laborando febrilmente y conmoviendo hasta las piedras con su elocuencia y su fe, ha dejado escritos sesenta gruesos volúmenes, sin contar ¡ay! lo que se ha perdido en periódicos y publicaciones olvidadas, diseminado por esos mundos, imposible de rescatar.

Yo lo recuerdo como un joven de genio alegre, y sólo en los dos o tres últimos años, cuando pesaban sobre su alma las grandes preocupaciones y responsabilidades que entrañaba la idea de lanzar un pueblo a la revolución donde tenían, forzosamente, que morir muchos combatientes, se tornó grave y pensativo.

En los meses que precedieron a la Guerra del 95, cuando Martí era perseguido por el espionaje español, cambiaba de residencia a menudo, para despistar a los agentes que lo buscaban.⁴ Venía a veces a pedirnos albergue, sabiendo que nuestra casa era la suya; y contaba mi marido que una noche que Martí durmió en su cuarto, lo despertaron unos suspiros profundos y unos quejidos lastimeros. “¿Qué le pasa, Martí?” le preguntó Luis alarmado. Aquel,

abriendo los ojos, exclamó: “¡Ay, las madres, las madres, cuánta sangre y cuántas lágrimas van a correr en esta Revolución a que voy a lanzar a mi país!”.

Sentía el peso de la tempestad que iba a desencadenar, y su alma sensible se condolía de los sufrimientos inherentes a la redención.

Una vez, a fin de eludir a los esbirros de España, eligió nuestra casa para una importantísima reunión de los jefes cubanos. Era una noche a mediados de abril de 1894. Vivíamos en la calle 55, cerca de Broadway. Nuestra casa era de aquellas de piedra oscura (*brown stone*) frecuentes en Nueva York, con una escalinata exterior que daba acceso al piso principal, donde estaban los salones, y una entrada al nivel de la calle que era la del servicio.

Para mayor prudencia, nosotros, la familia, nos quedamos en nuestras habitaciones y dimos salida a los criados.

Fueron llegando los conjurados, y Martí, en persona, les abría la puerta. Algunos entraban por la puerta inferior, otros por la alta. Asistieron Máximo Gómez y su hijo Panchito, el cojo Mayía Rodríguez, Loynaz del Castillo, Martí y dos o tres más: siete u ocho por todo.

En el recibidor de la entrada se reunieron alrededor de la mesa aquellos hombres en cuyas manos estaban los destinos de Cuba.

Hubo un gran silencio en la casa, y se fueron tarde, espaciados, y con el mismo sigilo con que habían llegado, por ambas puertas.

Volviendo a la facilidad con que escribía Martí: desde muy joven se mostró artista que dominaba a tal punto su instrumento, que, dando rienda suelta a su inspiración, no tenía que pensar en la técnica.

Improvisaba, escribiendo, con la misma rapidez con que lo hacía en la tribuna y las hermosas frases brotaban de su pluma pulidas y vestidas de gala desde el primer instante.

Para demostrar esta verdad, basta leer la joya poética que se llama *Amor con amor se paga*, escrita a petición de su amigo Enrique Guasp, actor, dramaturgo, director de una compañía dramática, que a la sazón actuaba en el Teatro Principal de México. Guasp se proponía renovar el teatro nacional poniendo en escena obras originales de autores de talento. Quizás influiría también para que accediese Martí, el aliciente de que desempeñaría el primer papel la gallarda actriz Concepción Padilla, a cuyos encantos no era, según parece, insensible.

Amor con amor se paga es un *impromptu*, un haz de luces, ejecutado al ejemplo de Lope, en las horas comprendidas entre la salida y la puesta del sol:

*Por la mañana encargó
y se pensó en la mañana
más frivola que galana
por la tarde se acabó.*

Obra de juventud —Martí tenía entonces veintitrés años—, fresca y espontánea, es el juguete una filigrana que el poeta soñó y rimó en un abrir y cerrar de ojos. Ha de tener forzosamente algunos lunares, inevitables en toda improvisación, pero lo anima un generoso soplo de idealidad, y tiene versos magníficos, esculturales, conceptuosos, comparables con los que forjaron los grandes maestros de las letras españolas. Que Martí pudiera apropiarse aquel estilo, hacerlo absolutamente suyo, emplearlo de modo tan natural, así, de repente, prueba hasta qué punto estaba empapado en la lectura de los clásicos, y qué dominio tenía de la lengua que podía vaciar a su antojo en los moldes más castizos y severos.

La trama de la pieza es sencilla, apenas tiene enredo, el desenlace se adivina pronto.

Una viuda joven y elegante manda llamar a un poeta, amigo suyo, pidiéndole, al entrar, que le haga enseguida una comedia para representarla en su salón, donde están de moda semejantes diversiones:

*Quiero una obrita sencilla,
juguete, ensayo, proverbio.*

La insistencia de la dama, la desconfianza del poeta, a quien se manda escribir en tan breve plazo la obra que se desea representar aquella misma noche, ofrecen materia para algunas sutilezas y proporcionan a los personajes la ocasión de decirse cosas ingeniosas y delicadas; pero un corazón ardiente de enamorado bulle bajo el exterior correcto del literato, hombre de mundo, y este, fascinado por el encanto seductor de su bella amiga, deseoso de complacerla, se entusiasma.

Examinan y rechazan varios proverbios, decidiéndose, al cabo, por uno de amores, que dramatizan en colaboración, allí mismo, de viva voz, simulando una escena, e inventando las situaciones a la par de los versos que surgen espontáneamente, y asumiendo ellos dos los caracteres únicos de la comedia en vías de formación:

*Habrá en la amante contienda
gal n que de amor requiebre
y dama esquiva y zahare a;
haced vos lo de la dama,
que os ha de cuadrar de veras;
yo har  el gal n...*

Lo inevitable sucede; las fingidas chispas encienden de veras la hoguera; y, olvidándose de que hace un papel, el poeta transportado prorrumpe en sincero y bellísimo apóstrofe:

*Hay algo en vos que os envuelve,
algo extraño que os rodea
algo puro que os bendice
y de vos hasta m  llega,
y en el alma se me esconde,
y en frente y labios os besa.*

Y ella, que corresponde al tierno sentimiento, lucha, presa de timidez y de pudor, al querer confesarlo.

En lugar del aparte convencional, consulta con mucha gracia al público, y concluye, como para envalentonarse a sí misma, diciendo:

* Por qué, con tanto rigor,
cuando a un casto bien se aspira
ha de ser la vil mentira
forma fatal del pudor?*

El ímpetu de su apasionado amor le arranca al fin, a la hermosa, el anhelado "sí". Al cual sigue una explosión de lirismo desbordante, una ráfaga de música y de armonía:

*No tienen
todas las humanas lenguas
ni las brisas en las selvas
ni la tórtola nocturna
de quejumbrosa cadencia*

*conjunto tal de armonía,
de espacios divinos prenda;
que luego de haber oído
“te amo” de tu boca bella,
hay más azul en el cielo,
hay más calor en la tierra,
y el aire un beso, otro beso
onda tras onda se lleva.*

Mas, volviendo a la realidad, se acuerdan de la proyectada comedia y decídense a repetir por la noche esa misma escena:

*Pues ¿dónde hay mejor comedia
que el corazón de los hombres
y de mujer las ternezas?*

La carta final dirigida al público es una joya de gracia animada por profundo sentimiento, donde se advierte la nota triste del desterrado:

*Nada mejor puede dar,
quien sin patria en que vivir,
ni mujer por quien morir,
ni soberbia que tentar,
sufre y vacila, y se halaga
imaginando, que al menos
entre los públicos buenos,
Amor con amor se paga.*

Muchos años después, Martí nos pidió a mi marido y a mí, aficionados que solíamos representar en fiestas de caridad, que recitáramos su pieza, y encontré, como siempre, frases halagüeñas para convencernos.

Le prometimos complacerlo, pero la ocasión no se presentaba, y lo fuimos aplazando hasta la hora en que se organizaron, en Nueva York unas funciones a beneficio de los cubanos enfermos y heridos en campaña.

Una de las primeras obras puestas en escena fue el proverbio, y no puedo decir la emoción que experimenté al personificar a la Leonor de Martí, tan pronto después de la muerte del autor.

Me parecía sentir el espíritu del Maestro cerca de mí, oír su voz de inflexiones graves y ver su sonrisa bondadosa e ingenua.

La personalidad de Martí está allí intensa, de cuerpo entero. La obra tiene la marca simpática e individual del artista. A pesar de su molde un tanto arcaico, tiene una frescura juvenil y es hija legítima de su autor.

Otra improvisación en que puso gran parte de sí mismo es la novelita *Amistad funesta*.

Milagro es que esta obrita no se haya perdido. Es un servicio más que debemos a la previsión de Gonzalo de Quesada, cuidadoso recopilador de los papeles esparcidos de Martí. *Amistad funesta* fue publicada por entregas en Nueva York, en 1885, en un periódico bimensual, de vida efímera y bien olvidado, del cual es imposible conseguir hoy un solo ejemplar, *El Latino Americano*. Me es grato echar un poco de luz sobre el misterio y decir cómo fue escrita esta *Amistad funesta*, amargo fruto del destierro y de los días aciagos en que el patriota que todo lo había sacrificado a su ideal, tuvo que escribir sin tregua a cambio de un triste pan.

Un conocido de mi marido y de su hermana Adelaida Baralt, soltera a la sazón, era el director del periódico *El Latino Americano*. Varias veces este señor había pedido el auxilio de ambos en su deseo de conseguir colaboraciones para su revista.

Mi cuñada lo ayudó con algunas traducciones del francés y otros articulitos.

El amigo se empeñó en que ella le escribiera una pequeña novela original. En vano protestó que no había nunca hecho esa clase de trabajos; el hombre insistió ofreciéndole una cantidad, si no crecida, apreciable.

Adelaida, acordándose de Martí, íntimo amigo de la casa, que andaba siempre en busca de cualquier trabajo que le proporcionara un decoroso pasar, le propuso que escribiese él el cuento, y si tenía reparo en firmarlo, que lo enviara con un seudónimo. Él se hizo cargo del trabajo bajo la condición de que la señorita Baralt consintiera en aceptar una parte del importe.

Martí hacía versos con una facilidad pasmosa y se complacía en mandar a aquellos amigos que trataba con confianza, en esa época en que era joven, una esquila en cuatro líneas rimadas. Un recado para una dama debía, pues, tener un giro poético, y el día en que envió a Adelaida Baralt la parte que le correspondía del producto de la novela, iba acompañado el dinero (para mitigar cosa tan prosaica) de tres cuartetos, de los cuales he aquí el primero:

*De una novela sin arte
la comisión ahí le envió;
bien haya el pecado mío
ya que a usted le toca parte.*

Se había convenido en que se firmaría el cuento con tres estrellas; pero Martí puso al pie el nombre y casi el apellido de mi cuñada, Adelaida Ral.

De seguro que nunca pensó que *Amistad funesta* se publicaría como obra suya, ni que por ella la crítica iba a juzgarlo. Y, sin embargo, es bien suya; en cada página ha puesto algo de su propio ser. Ahí, los que trataron, podrán reconocer la expresión de sus gustos personales, sus aficiones artísticas y el refinamiento de su espíritu.

Al dejar correr la pluma galanamente, se han revelado bajo un aspecto nuevo. Es el *dilettante* preocupado de la disposición elegante de una morada, *amateur* de buena música y perito en pintura, sensible en alto grado a la belleza, enamorado de la virtud y de la ternura.

La descripción de la casa del protagonista, su mobiliario, los cuadros que adornan las paredes, son reflejos del gusto de Martí —parece que le oye uno charlar de esas cosas.

La biblioteca contenía igualmente libros de su predilección: *El cuervo* de Edgar Allan Poe; el cuervo desgarrador y fatídico, ilustrado por Doré, y magistralmente traducido al castellano, diré, entre paréntesis, por el gran amigo de Martí, el venezolano Pérez Bonalde; *El rubayat*, el poema persa del vino moderado y de las rosas frescas, con los dibujos apocalípticos de Elihu Vedder; un rico ejemplar de *Las noches* de Musset, y sobre un atril un suntuoso regalo, un *Wilhelm Meister*, con una encuadernación fantástica, incrustada en oro y piedras preciosas, que valía el rescate de un rey.

Tanto el regalo como el gesto generoso son la quintaesencia del martismo.

Sigue anotando sus gustos en el sabroso y fragante chocolate.

Cito el texto: “No tenía mucho azúcar, ni era espeso —como él lo prefería— y en las exóticas tazas, de esos coquillos negros de óvalo perfecto que los indígenas realzan con caprichosas leyendas y labores, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido que la conquista hundió en la tierra a botes de lanza. Cada taza descansaba en un trípode de plata.” (Los originales estaban en su casa traídos de Centroamérica.)

En algunos pasajes Martí ha puesto fibras de su propio corazón. “Uno,

padrazo ya, con el corazón estremecido y la frente arrugada, se contenta con un traje negro, bien cepillado y sin manchas, con el cual y una cara honrada, se está bien recibido en todas partes; pero para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto, para los hijos, que nos vuelven locos y ambiciosos y nos ponen en el corazón la embriaguez del vino y en las manos el arma de los conquistadores, para ellos, ¡oh!, para ellos todo nos parece poco.” (Este traje negro, bien cepillado, era su indumentaria habitual.)

Su preferencia por el chocolate con poco azúcar (¡cuántas veces lo hemos tomado en casa con él y un grupo de amigos, después del teatro!), me recuerda sus aficiones gastronómicas.

Como verdadero artista, Martí tenía una gran agudeza de los sentimientos, y el paladar estaba en él desarrollado en extremo.

Era *gourmet* a lo Brillat Savarin, y sabía combinar el menú de una comida que haría honor a la pericia de un embajador.

Frugal en su sustento ordinario, cuando se trataba de obsequiar a sus amigos sabía elegir los platos más exquisitos y los vinos más raros, como experto que era en la materia.

Conocía, a fuerza de buscarlos, los lugares de la Metrópoli donde un especialista, ignorado del gran público, confeccionaba un plato succulento. Se encantaba en llevar a sus amigos a saborear un *minestrone*, allá lejos en el barrio italiano, o un *goulash*, en la pequeña Hungría.

Federico Edelmann, que tanto lo acompañó en esas excursiones, nos contaba que Martí lo inició en el restaurante de un marsellés, de Hanover Square, en los misterios de una *bouillabaisse* que resucitaba muertos. Por él conoció los platos calabreses sazonados con *caccio cavallo* y regados con vino de *Chianti*.

Decía Martí que “comer solo era un robo”, y explicaba, “un placer robado al amigo ausente”.

Obsequiaba mucho; invitaba, con tanto cariño como sencillez, a que tomásemos en su casa una ayacas que una venezolana, descubierta por él, preparaba a la perfección.

Otro día eran arepas o tortillas mejicanas, y recuerdo una esquelita suya que rezaba así: “Vengan esta noche a casa a despedir a Panchito Chacón con versos y café.” El gesto obsequioso existía siempre, aunque los medios materiales flaqueasen.

Una vez Federico Edelmann le envió un pequeño dibujo, que Martí le había pedido para la Sociedad Literaria Hispano Americana que presidía, y lo

agradeció de esta manera delicada, no teniendo otra cosa que ofrecer: “Recibí su esquila generosa y la Sociedad se lo paga con estas dos invitaciones para sus amigos colombianos del estudio.” Dos pobres estudiantes que Martí ni siquiera conocía, pero, sabiendo que existían y que eran amigos de Edelmán, quiso tener una fineza con ellos —fineza con amigos desconocidos, si vale la paradoja.

Martí no fumaba, bebía poquísimos, y casi nunca alcohol, y me aseguró Luis que ni siquiera cuando estaban entre hombres solos empleó jamás una palabra vulgar o impura.

De familia sumamente modesta, Martí tenía, no obstante, modales e instintos distinguidísimos. Eso no se improvisa ¿verdad?, pero se explica.

A los doce años de edad ingresó en la recién fundada Escuela Superior de Varones, que dirigía Rafael María de Mendive, caballero refinado, de gran cultura, poeta notable y patriota ardiente. Por muchos años Mendive había sido una figura destacada en los círculos culturales de Cuba. Era un verdadero animador, discípulo de José de la Luz y Caballero, el Sócrates nuestro, que formó el alma de toda una generación de hombres insignes. Mendive tenía ideas modernas sobre la pedagogía y afirmó, en su discurso de apertura de la nueva escuela, que se proponía iniciar en ese plantel un sistema “diametralmente opuesto al que, por desgracia, se observaba en otras partes”.

El joven Martí se impresionó hondamente desde su primer contacto con el maestro que tanto iba a querer.

Mendive inflamó la imaginación del niño que concibió por él una admiración exaltada y lo escogió como modelo.

Procuró imitar sus maneras corteses y su lenguaje elegante; empezó a hacer versos; pero lo que lo sedujo, sobre todo, fueron sus ideas políticas. El ideal de Mendive era la independencia de Cuba y las chispas del fuego emancipador, encendido entonces, prendieron en el pecho del jovencito con tal fuerza que no se apagaron sino con la muerte.

Puede decirse que la influencia de Mendive fue decisiva en su vida.

Volvamos al hombre de mundo. Uno de los mayores atractivos de Martí era su don de *causeur*. ¡Qué charla tan amena, variada y brillante! ¡Qué gracia, qué ingenio y qué agudeza!

Lo atestiguan cuantos lo conocieron. Rubén Darío dijo de él: “Nunca he encontrado, ni en Castelar mismo, un conversador tan admirable.” Y el poeta Diego Vicente Tejera afirma que “quien no oyó a Martí en la intimidad, no sabe todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana”.

Tenía una erudición enciclopédica. No sólo leía vorazmente, sino que retenía de una manera prodigiosa, de modo que no había asunto de interés palpitante sobre el cual no estuviese sólidamente documentado. Su curiosidad era inagotable e insaciable su sed de saber.

Poseía un olfato intuitivo para descubrir la verdad: en un relámpago veía el alma de las cosas como la de los hombres.

La expresión simpática de sus ojos, su bondadosa sonrisa, su voz bien timbrada, de múltiples inflexiones, su risa fácil y argentina —todo contribuía al encanto de su trato.

Siempre atento, siempre cortés, aun en medio de sus preocupaciones y responsabilidades, se acordaba de aquellos a quienes quería —y eran tantos.

Un día de presión intensa, Martí en vísperas del viaje, en un vórtice de trabajo, el cerebro repleto de proyectos y temores, vino presuroso a preguntarme qué objeto creía yo sería del agrado de una niña de cinco años, hija de un tabacalero de Tampa, a quien él estaba agradecido por un favor. Tenía poquísimo tiempo, el tren partía y le quedaban mil diligencias apremiantes por hacer; pero suprimió la comida y llevó el recuerdo a la chiquilla.

A mis hijitas las obsequiaba a menudo. Conservo como un tesoro un fino regalito que Martí le mandó a la pequeña Blanca en las Pascuas; un diminuto tocadorcito de filigrana de plata, algo entre un juguete y una joya. No encuentro, por desgracia, los versos que lo acompañaban. En cambio, conservo los que iban con el regalo destinado a Adelita, un bebé, una graciosa tacita de Dresde. Dicen así:

*El enanito de arriba
trajo a Adela esta mañana
esta _____ porcelana
a la porcelana viva.*

No queriendo escribir la palabra *linda*, para calificar su obsequio, puso una rayita por pura y exquisita modestia.

La señora Ubaldina Guerra de Pujol me ha recordado un incidente de su niñez a que me refiero por ser interesante. Martí era muy amigo de su padre, Benjamín Guerra, tesorero de la Junta Revolucionaria en Nueva York, y a las chicas de la casa les habían enseñado los versos de *La Edad de Oro* casi al nacer. El caso es que, a los tres años de edad, ya Ubita sabía de memoria “Los

zapatitos de rosa” y un día que fue Martí, se los recitó sentada en las rodillas del Maestro.

Para demostrar su complacencia, Martí le mandó al siguiente día, junto con un precioso juguete (por cierto, no sé donde encontraba esos primores; este era un quitrín cubano, y dentro una muñequita con zapatos rosados) estos versos:

*A Ubaldina la hechicera
le manda por generosa
esta memoria ligera,
Pilar, la niña sincera
de los zapatos de rosa.*

*Y ya que el sol da calor,
si en un jardín hay dos flores,
por igual a cada flor,
le va a Panchita*

5 *un señor*

con su carrito de flores.

Acaso se dirá que sólo he tratado aquí el aspecto amable de Martí. Era ese mi objeto y el lado que me fue más familiar. Otros se han ocupado de su heroísmo. Pero, aunque lo he visto armarse de gran energía y estallar en justa ira en momentos terribles, su carácter era dulce y poco irritable. Tenía un gran dominio sobre sus nervios y bien sabe Dios si tuvo motivos de contrariedad y de indignación en la lucha que sostuvo en los últimos años de su vida, en que tantos, aun entre los suyos mismos, le entorpecieron el camino.

Quiero recordar aquí la última cena, el 24 de diciembre de 1894. Cenábamos en la Noche Buena, como era costumbre desde hacia años, un grupo de amigos íntimos, casi siempre los mismos. Ese año le tocó el turno de recibirnos a Irene Pintó de Carrillo, esposa de Antonio Carrillo de Albornoz, amigo de Martí desde la juventud.

Con él y con Fermín Valdés Domínguez, había estudiado en España. Éramos trece comensales, habiendo faltado uno; los esposos Carrillo y sus tres hijos, Irenita, Mercedita y Alberto, la señora de Mantilla con sus hijas Carmita y María, Martí, Federico Edelmann y Pintó (sobrino de la señora de Carrillo) y Adelaida Baralt, Luis y yo.

Martí llegó tarde y parecía fatigado: ya estábamos a la mesa. Aunque él estuvo afable y celebró la cena para agradar a la dueña de la casa, no reinaba la alegría habitual. No se lo explicaba uno, pero fue una fiesta de poca animación, y pesaba sobre todos como un presentimiento inexpresable.

Y ya que he contado mi primer encuentro con Martí, quiero referirme al último.

Era el 31 de enero de 1895 a las ocho y media de la mañana. Estaba yo en el comedor de mi casa tomando el desayuno. Sonó el timbre y oí la voz de Martí preguntar a la criada que le abría la puerta: “¿Está el caballero?” —y momentos después entraba en el comedor.

“Me dicen que se ha ido Luis ya; qué pena. Vine presuroso pensando alanzarlo, pues no quería marcharme sin darle un abrazo. Sabe Dios cuando nos volveremos a ver.”

Después de hablar breves minutos conmigo: “Me despide de Adelaida y de Fico. No puedo demorarme y ahora me voy. Adiós. No tengo un momento que perder.” Lo acompañé hasta la puerta de la calle, salió en la mañana helada como

una flecha.

Días después nos fijamos en un sobretodo marrón que había quedado colgado en la sombrerera. No pertenecía a los de la casa. ¿Sería de algún amigo que lo había dejado allí olvidado? Cosa rara en pleno invierno.

Mi cuñada registró los bolsillos a ver si hallaba algún indicio de su dueño. Cuál no sería su asombro al ver que estaban repletos de cartas y papeles dirigidos a Martí.

Pobrecito, en la precipitación de su ida, no se acordó de que había dejado su gabán en el vestíbulo, y se fue a la calle en ese día glacial sin notarlo. ¡Cómo estaría de preocupado!

Esa misma tarde se embarcó para Santo Domingo a reunirse con Máximo Gómez. De allí salieron ambos para los campos de Cuba.

EL ARTISTA

Hemos dicho que la fama de Martí, como patriota, eclipsó mucho tiempo su reputación de gran pensador y escritor.

En Cuba era *El Libertador*, gran timbre de gloria, sin duda, pero su personalidad profunda quedaba vagamente legendaria en la mente popular, que sólo rendía culto al héroe.

Exiliado de Cuba casi toda su vida, sus múltiples actividades se desarrollaron en el extranjero, y aunque sus escritos eran admirados en México; Uruguay, etcétera, nada firmado por Martí, archirrebelde y enemigo declarado del Gobierno español, se publicó en Cuba durante el coloniaje, y muy poco en los primeros días de la República.

Sus obras, coleccionadas por Gonzalo de Quesada, no vieron la luz sino muchos años después de la muerte de Martí, y sólo en los tiempos recientes han aparecido ediciones populares, al alcance de todos, siendo extensamente leídas y comentadas.

Siguió a esta difusión un despertar de entusiasmo. El público quiso tener más detalles de su vida y de su genio. De ahí la avalancha de artículos, conferencias y obras sobre Martí que aparecen sin cesar.

Y ahora, quiero, antes de seguir adelante, constatar un hecho que a algunos puede causar sorpresa.

José Martí, por el consenso de la opinión más autorizada, es considerado hoy día como el *escritor más grande* que ha producido Hispanoamérica. Y se confirma esta opinión cada vez más.

No se propuso ser literato: era literato nato. Sólo quiso verter su pensamiento en palabras; pero había tal dinamismo, convicción, sinceridad en su pensamiento y tenía tal maestría en el lenguaje, tan hondo conocimiento de los secretos de la

expresión, que forma y sustancia se fundían naturalmente en perfecta armonía.

Alcanzó la cumbre del arte del escritor casi sin esfuerzo.

El estilo de Martí es lapidario. El castellano del tipo más puro fue el vehículo de su expresión. Uno le siente nutrido con la médula de los grandes maestros de la Edad de Oro española. Viste las ideas vivas y originales con suntuoso ropaje, sin un ápice de afectación o rebuscamiento, pues escribe sencillamente, como corre el arroyo, surgiendo las hermosas frases ya corregidas y listas para la imprenta.

El aforismo de Buffon “el estilo es el hombre”, nunca tuvo aplicación más justa.

Martí, ya se sabe, era un trabajador formidable; sus obras comprenden ensayos, disquisiciones filosóficas, discursos políticos, críticas de arte, periodismo de alta categoría, teatro, novelas y poemas, sin hablar de sus cartas, que son originalísimas, chispeantes, a veces tiernas y siempre exquisitas. Le encantaba escribir; la pluma en su mano, delgada y nerviosa, parecía parte integrante de su ser; como el atributo de una divinidad mitológica; lo identificaba.

No obstante el cúmulo de trabajo que lo presionaba, siempre encontraba tiempo para atender escrupulosamente a su correspondencia, pues era la finura personificada y tenía gusto en comunicarse con sus amigos o compañeros para informarles de alguna noticia y hacerles sentir su interés palpitante en la causa común.

Las cartas de Martí constituyen su mejor biografía; allí está de cuerpo entero en cada palabra.

Sus artículos en *La Nación* de Buenos Aires, diario para el cual escribió durante varios años, son particularmente valiosos, entre otros sus magníficos ensayos, sobre los destacados norteamericanos de su época: Emerson, Walt Whitman, el filósofo Bronson Alcott y Grant, están retratados por él con mano maestra, son ejemplos de observación precisa y profunda penetración crítica.

Mucho hizo Martí por dar a conocer en Suramérica el movimiento intelectual y filosófico del Norte. Es una lástima que no tengamos más agentes de su calibre hoy día para lograr la mutua comprensión de ambos elementos de este hemisferio. La serie de estudios, denominada *Norteamericanos* es, sin duda, lo mejor que se ha escrito sobre esos hombres representativos de las postrimerías, del siglo pasado.

Otra gran evocación humana es su ensayo sobre el filósofo patriota

venezolano Cecilio Acosta.

Murió Acosta estando Martí en Caracas, y su ensayo es el supremo tributo ofrecido a un alma hermana.

Por mucho que hayan celebrado sus compatriotas a este sabio, especie de Erasmo americano, superlativamente cultivado y sensible, de la más alta integridad moral, la pluma de Martí le abrió los portales de la inmortalidad con ese retrato maravilloso.

El elogio de Cecilio Acosta, puede citarse como ejemplo del periodismo de gran calidad que inició Martí. En este, como en muchos otros campos, era innovador, estableciendo nuevas normas y abriendo nuevos caminos.

Fue también innovador en la crítica del arte. Señaló los lazos sutiles que unen a ciertos artistas modernos con pintores y escultores del pasado, muchos años antes de que otros los sintieran. Percibió similitudes ocultas, penetró con inequívoca precisión la esencia de las cosas, y expuso sus descubrimientos con autoridad. Demostró cómo el Greco y Goya, entre otros, eran los ascendientes espirituales, los inspiradores de algunos eximios artistas contemporáneos. Intensamente intuitivo, fluía la verdad de su subconsciencia como ondas sonoras de un instrumento sensitivo.

En cuanto a su oratoria, sus amigos se han asombrado de ver cómo este tribuno, dotado de tales recursos naturales y adquiridos, pudiera emplear, a menudo, sus mejores esfuerzos ante una muchedumbre ávida, pero inculta; porque los discursos de Martí dirigidos a un auditorio de tabaqueros de Tampa, o a un mitin popular en Nueva York, eran tan perfectos desde el punto de vista literario como si fueran dedicados a un grupo de profesores universitarios. Su generosidad innata no le permitía dar sino lo mejor de sí mismo.

Hablando, sin afectación, su vocabulario era, no obstante, escogido. Empleaba, a veces, términos superiores a la comprensión de gente sencilla; pero su *tono* era tan sincero, tan convincente, que las palabras iban derecho al corazón de sus oyentes: daban infaliblemente en el blanco. Sus vividas imágenes, sus exhortaciones fervientes, hacían el resto.

El verbo de Martí en los momentos culminantes del discurso era un vendaval imponente cuya ráfaga barría cuantos obstáculos se le oponían. Las ideas se precipitaban con tal ímpetu que costaba trabajo seguirlas, y sólo al leer con calma esas frases candentes, refrescadas por la letra de molde, se da uno cuenta cabal de su forma y contenido magistrales. La imaginación del orador trabajaba con más rapidez que la de su auditorio que no podía siempre seguirlo y

necesitaba una pausa para poderlo alcanzar.

Una admiradora de Martí, en un mitin donde lo aclamaban exclamó: “No pueden entender a Pepe, pero arrebatá.”

Luego, su declamación contribuía a sugestionar: Su voz, bien timbrada, tenía inflexiones infinitas. Empezaba con tono suave y medido. Hablaba despacio, convencía. Articulaba con cuidado dibujando los contornos de sus vocablos, pronunciando un poco las eses finales, al estilo mexicano. No pronunciaba la C y la Z a la española, sino, como gran americanista que era, suave como se hace en América. Pero, cuando tocaba el tema de la patria oprimida y la necesidad de luchar por ella, crecía el caudal de palabras, acelerando el *tempo*: su voz tomaba acentos de bronce y de sus labios brotaba un torrente. El hombre delgado, de mediana estatura, se agigantaba en la tribuna y el público quedaba cautivado bajo su hechizo.

Los discursos de Martí deben estudiarse como modelo de oratoria. Pero no se pueden imitar.

Martí tradujo al castellano varias novelas: *Ramona*, por Helen Hunt Jackson, odisea del indio californiano bajo amos de diferente nacionalidad; *Called Back* (Misterio), de Hugh Conway, y otras; mas no recuerdo sino una sola novela original suya, *Amistad funesta*. Martí, de seguro, no le dio mucha importancia a este cuento, hecho a la orden, pero como no podía hacer nada a medias, apuntó en él impresiones y escenas de su experiencia, anotó hechos de su propia vida.

Como autor dramático tiene Martí tres obras en su haber. “Abdala”, llamamiento patriótico en que un muchacho de Nubia (léase Cuba), prefiere la muerte por la libertad a la vida sin ella, pieza en verso, escrita a los quince años, con la cual se inició en la carrera de las letras.

Su segunda obra de teatro, *Adúltera*, fue escrita en Madrid, algunos años más tarde, y el precioso juguete proverbio *Amor con amor se paga*, representado en México, del cual he hablado antes. Y además una obra inconclusa sobre tema guatemalteco que él llamaba “el drama indio”.

A propósito de obras de juventud, está en primer lugar el famoso folleto *El presidio político en Cuba*, publicado a los pocos meses de llegar a Madrid. Con ese folleto sienta plaza de patriota y queda *ipso facto* incorporado al grupo de cubanos que trabaja por la independencia de su país.

Recién salido del presidio, donde sufrió y vio sufrir horrores, se desahoga en un grito de justa indignación, de infinito dolor, pero sin una sola palabra de odio —el odio no cabía en el alma de Martí— ni siquiera en el ímpetu juvenil de sus

dieciocho años.

En esas páginas no hay una queja, ni menciona sus propios sufrimientos, sino se conduele de sus infelices compañeros de infortunio, del anciano Nicolás Castillo, del niño Lino Figueredo, que, por delitos insignificantes cometidos por amor a la patria, son condenados a penas dantescas.

El objeto de Martí en este folleto, que es un poema, casi místico, de perdón y de amor, era dar a conocer en España los procederes inicuos del gobierno colonial, despertar la compasión a la vez que la indignación de las gentes bien pensantes para que redimiesen de algún modo la suerte de las víctimas que aún quedaban en las garras de aquellas fieras.

El folleto, distribuido con tino por los cuidados del amigo fraternal, Carlos Sauvalle, llegó al conocimiento de muchos políticos importantes, causando honda impresión. Fue muy comentado y levantó ampollas. Se dice que Cánovas, a quien no le debía de saber bien, deploró “que un filibustero estuviese dotado de tamaño vigor panfletario”.

Hemos visto bastante las tendencias espirituales de Martí para darnos cuenta de que su temperamento era eminentemente lírico. Hasta su prosa tiene una calidad poética: vibra, se levanta a grandes alturas, donde le gusta planear. Su sensibilidad lo disponía al canto, y si se complacía en escribir cartas, se deleitaba en escribir versos. Desde su niñez, en la escuela de Mendive, le fascinaban las rimas que componía el maestro y devoraba los libros de poesías; de modo que le fue natural exhalar su alma en verso. El verso, tanto como la prosa, fue el vehículo de su fervor patriótico. El amor, más romántico y delicado que apasionado, dio alas a su pluma; las alegrías y los dolores de su vida impulsaron su lira.

El amor paterno inspiró un pequeño libro de poemas, sin paralelo en lengua castellana, *Ismaelillo*.

Ismaelillo es una sarta de perlas, lleno de ternura; su hijito es su rey, su príncipe enano; el padre extasiado encuentra maravillas en hoyuelos y rizos dorados; nos cuenta de piecitos rosados tan diminutos que ambos caben en un solo beso.

Un collar encantador, hecho de dos bracitos blancos, es su joya más preciada —y sigue la inocente charla, tan espontánea y fresca que nos tiene embelesados.

Debo decir que los hombres de raza ibérica son brillantes, intensos, valientes, pocas veces tiernos. Tratan a los niños como si fueran pequeños hombres, no niños. Los que han tocado la fibra íntima de la niñez son, como Andersen,

Grimm, Carrol, nórdicos. Pero Martí se aparta de esta regla; comprende a los chicos y ellos lo adoran.

La dedicatoria de un ejemplar de *Ismaelillo* que regaló Martí a mi marido, encarece más aún el valor del libro:

“A Luis Baralt, hombre verso, que sabrá perdonar este pecado de amor. José Martí”

La dedicatoria de *Ismaelillo* a su hijo para quien fue escrito es una profesión de fe.

Dice así; “Hijo: Espantado de todo, me refugio en ti.// Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.”

Triste es decirlo, pero hay que convenir en que la vida matrimonial de Martí no fue feliz. Carmen, su esposa, tenía opiniones políticas diametralmente opuestas a las suyas y le reprochaba sus ideas revolucionarias. Criada en un medio de holgura, si no de opulencia, por un padre, aunque cubano, partidario del Gobierno de España, se oponía a que Martí se entregara por completo a la independencia de Cuba. Le repugnaba vivir en el exilio y la pobreza: lo atormentaba quejándose porque dedicaba sus mejores energías al servicio de su país, en lugar de trabajar por el bienestar económico de su familia.

Varias veces lo dejó en Nueva York, volviendo a casa de su padre en Camagüey, donde la vida era más cómoda, pero llevando consigo al hijo, que equivalía a sacarle a Martí la sangre de su corazón. El padre desolado escribía versos al chicuelo, en parte para consolarse de su ausencia.

Probablemente pensaba en Pepito cuando fundó *La Edad de Oro*, revista para niños, cada línea de la cual fue escrita por el poeta en persona. No se publicaron sino cuatro números, pero esos se consideran obras maestras en su género, no sólo saboreadas por los lectores juveniles, sino por la crítica.

Después de una de las idas de su mujer, llevando consigo a su hijito y volviendo al lado de su padre, leal a España, en cuya casa se aborrecía a los insurrectos, Martí, agotado por el exceso de trabajo y de dolor, se enfermó. El médico lo mandó al campo a descansar y a recobrar la salud. A principios del verano, en la paz de las montañas de Catskill, como nunca podía estar ocioso, se distrajo escribiendo la exquisita colección de poemas llamada *Versos sencillos*.

Ningún libro suyo nos dirá tanto de su vida íntima —si sabemos descifrar aquellos versos, donde ha estampado las diversas modalidades de su espíritu, desde la niñez hasta el momento de su factura.

Los poemas aluden a su destierro, a su vida de estudiante en España, a la

historia de la niña de Guatemala, sus penas matrimoniales, su amor a los niños, a los pobres, a la naturaleza, a la libertad, pero señalan, también, una era en la historia de las letras hispano-americanas.

A Martí se le suele considerar Junto con el mexicano Gutiérrez Nájera y al colombiano José Asunción Silva, el renovador del verso hispanoamericano que culminó en Rubén Darío —el poeta moderno mejor conocido de cuantos escribieron en español allende o aquende del Atlántico. Puede decirse que Darío fue discípulo de Martí. El nicaragüense declara que ningún escritor ha influido en su estilo y su concepto de la poesía tanto como Martí. Los *Versos libres*, escritos una década antes que los *Versos sencillos*, aunque no publicados en volumen hasta más tarde, y los artículos que Martí mandaba a los periódicos argentinos y uruguayos, llegaron al conocimiento de Darío y le produjeron profunda impresión, que se hizo sentir en sus escritos. Darío vivió más tiempo que Martí, y se dedicó exclusivamente a la carrera literaria; pero nunca lo superó en talento poético.

Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva representan en las letras hispánicas el movimiento que Baudelaire, Verlaine y Mallarmé representaron en Francia. Se separaron de las normas académicas, procurando dar amplitud y novedad a su estilo; pero su tono es pesimista, se sienten desgraciados, atormentados, mal comprendidos. Se consideran seres superiores y miran con desdén a sus semejantes; el porvenir les parece sin esperanzas. En este sentido merecen el epíteto aplicado a sus predecesores franceses: son, decididamente, *decadentes*, mientras que Martí carece de fallas espirituales, mantiene los más altos ideales éticos, sosteniendo, en sus versos, como en su prosa, que el camino de la vida es una ruta que debe conducir a la perfección, ofreciéndonos la ocasión constante para el sacrificio, si se quiere, pero llena de amor y de belleza con la posibilidad de alcanzar metas gloriosas.

Hasta la muerte la contempla con alegría: la mira de frente, sin miedo, como el portal de una nueva existencia.

“No. La vida humana no es toda la vida. La tumba es vía y no término [...] La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra”, son palabras de Martí.

Su tristeza es a veces grande, pero la disipa con el pensamiento de la exaltada misión que se ha impuesto, la independencia de su Cuba amada, y, debo añadir, el propósito, mayor aún, tan caro a su generoso corazón, de enlazar en íntima comunicación todo el continente del sur.

Sabemos que cada país de la América Latina es una nación aparte, muy diferente, a veces, de sus vecinos en carácter y necesidades. La aspiración suprema de Martí no era sólo libertar a Cuba, sino coronar esta emancipación juntando en estrecho consorcio a toda la América Latina: *nuestra América*, como él la llamó.

Martí sostenía que la obra libertadora de Bolívar no estaría concluida hasta el día en que cada nación, independiente y soberana, diera la mano en comprensión fraternal a todas las demás.

En aquel tiempo, la solidaridad continental se consideraba un sueño al que se daba poca importancia. Ahora sabemos cuan clara visión de esto tenía Martí. Por desgracia, las exhortaciones de los profetas suelen ser desoídas por sus contemporáneos.

Hemos hablado de su formación clásica y del molde tradicional, en el cual vertió los escritos de su primera época. Echó de un lado, luego, las antiguas amarras y se alzó con el vuelo del águila al etéreo.

Martí no sería el gran artista que es si no hubiese podido dar un sello personal a cuanto escribió: la originalidad es su característica principal. Dice las cosas de una manera que a nadie se le había ocurrido antes; sutil, chispeante y profunda, siempre inesperada y nueva.

No se puede confundir su modo de expresarse con el de nadie.

Su don de expresión es, al fin y al cabo, la novedad sorprendente que le confiere el título de innovador.

Véanse estas dedicatorias tan originales.

“A Néstor L. Carbonell: cubano fundador. //Su// JOSÉ MARTÍ.”

En un retrato suyo: “El pundonor de Cuba se hizo hombre, y se llamó José Dolores Poyo: a su virtud, a su talento, a su elocuencia, a su corazón, dedico este tributo. Su hermano José Martí.”

En un libro dedicado a “José Pujol y Mayola, Poeta en actos. José Martí.”

A la Señora Ubaldina Barranco de Guerra, al ofrecerle *Ramona*: “A una esposa ejemplar, este ejemplo de esposa. José Martí.”

Gutiérrez Nájera, Silva, Julián del Casal y hasta Darío son muchas veces complicados y oscuros en su pretensión de ser exquisitos, ultrarrefinados, mientras que Martí, con su inmensa cultura, y conociendo al dedillo las letras universales, nunca fue conscientemente abstruso.

A pesar del tono elevado de algunos poemas, muchos son tan sencillos que se han hecho populares.

Todo el mundo ama los *Versos sencillos*.

Otros volúmenes de poemas, los *Versos libres*, que él llamó “Mis endecasílabos, nacidos de grandes temores y de grandes esperanzas”, cantos de libertad, fieros, impetuosos, lo acreditan como bardo valiente y original.

Los *Versos libres*, escritos años antes que los *Versos sencillos*, no fueron muy conocidos entonces. Martí no se ocupaba de su propia propaganda literaria; quería solamente, según sus propias palabras, “echar sus versos del alma”; pero hoy la crítica les asigna el lugar que merecen históricamente en la evolución de la poesía hispanoamericana del neoclasicismo y romanticismo al modernismo.

Son los precursores de nuevos modos de expresión, mostrando cómo el poeta puede desprenderse de las trabas académicas, si es capaz de hallar el justo registro para su propia voz.

En la colección *Versos sencillos* el poema “La niña de Guatemala” tiene su historia:

Martí, recién llegado a Guatemala, en mayo de 1877, conoció a María García Granados, hija de Miguel García Granados, ex presidente de la República, en la Escuela Normal, donde él era profesor y ella discípula. A los pocos días, Martí se dio a conocer como orador en una velada artístico-literaria de esa institución.

La muchacha de veinte años (él tenía veinticuatro), muy linda y sugestiva, se impresionó hondamente con su talento y personalidad. Muy amigo de la familia, Martí visitaba con frecuencia la casa, jugaba al ajedrez con don Miguel y departía amablemente con la señora y las niñas. Pronto notaron que María, quien cantaba y tocaba muy bien, se quedaba con gusto en el piano conversando con el joven cubano. Es cierto que Martí no la enamoró, pero no hay duda de que se dejó querer. Era un sicólogo demasiado fino para no comprender hasta qué punto había tocado el corazón de María. Mas él, estaba comprometido a casarse con otra, y el deber, la palabra empeñada le prohibían alentar aquella pasión. Dejó de visitar la casa. Nombrado catedrático de la Universidad, y ya con entrada suficiente, se fue a México a cumplir su palabra, a casarse con Carmen Zayas Bazán.

Al despedirse de María, ella le regaló una almohadilla de olor, primorosamente bordada; pero desde aquel día empezó a decaer; el amor frustrado roía su alma. Volvió Martí a Guatemala casado y a los pocos días murió María. Su muerte dejó consternada a toda aquella sociedad.

Profundamente conmovido, asistió Martí a los funerales con Izaguirre y el poeta José Joaquín Palma, quien escribió un sentido poema dedicado a la dulce

niña muerta, y Martí escribió —más tarde— su hoy famosa “La niña de Guatemala”.

Hay quien piense que si hubiera roto su compromiso con Carmen, casándose con María, su vida habría sido más feliz; pero prefirió el deber al amor.

“LA NIÑA DE GUATEMALA”

*Quiero, a la sombra de un ala.
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.*

*Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.*

*...Ella dio al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
Él volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor.*

*Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.*

*...Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
Él volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.*

*Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente ¡la frente
Que más he amado en mi vida!*

*...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.*

*Allí, en la bóveda helada
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus Zapatos blancos.*

*Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!*

Versos en el álbum de la señorita María García Granados:

“MARÍA”

*Esa que ves, la del amor dormido
En la mirada espléndida y suave,
Es un jazmín de Arabia comprimido
En voz de cielo y en contorno de ave.*

*La rubia Adela, en cuya trenza dora
Su rayo el Sol, del brazo de María
Copia es feliz de Rut la espigadora
Ciñendo el talle a la arrogante Lía.*

*Caricia —más que acento —su palabra,
Si los jardines de su boca mueve,
Temores da de que sus alas abra
Y al Padre Cielo su alma blanca lleve.*

*Si en la fiesta teatral —corrido el velo—
Desciende la revuelta escalinata,
Su pie semeja cisne pequeñuelo*

Que el seno muestra de luciente plata.

*Sierva si sigue el tenue paso blando
De la bíblica virgen hechicera,
Y leyes dicta, si, la frente alzando,
Echa hacia atrás la negra cabellera.*

*Quisiera el bardo, cuando al sol la mece,
Colgarle al cuello esclavo los amores;
¡Si se yergue de súbito, parece
Que la tierra se va a cubrir de flores!*

*¡Oh! Cada vez que a la mujer hermosa
Con fraternal amor habla el proscrito,
Duerme soñando en la palmera airosa,
Novia del Sol en el ardiente Egipto.*

*JOSÉ MARTÍ
Guatemala, 1877.*

Otra composición fundada en la experiencia es la de “La bailarina española”.

Trabajaba a la sazón (1890) en Nueva York, la bella Otero, artista notable por su donaire y escultural belleza. Aunque nada despreciable, su arte era inferior en técnica y en gracia a la célebre bailarina andaluza *Carmencita*, que había arrebatado al público en general y a Martí, en particular, algún tiempo antes.

Muy apreciador del arte y de la hermosura, tenía él un vivo deseo de ver bailar a la Otero; pero, por desgracia, en el teatro donde actuaba, el Eden Musée, en la calle 23 habían puesto sobre la puerta una gran bandera roja y gualda, y Martí no podía entrar en un edificio cobijado por el estandarte de España. *C'étaie plus fort que lui*. Un día, no se sabe por qué motivo, los empresarios arriaron la bandera. El camino, estaba, pues, libre, y fuimos Martí, mi marido, mi cuñada Adelaida Baralt y yo a verla bailar.

Los versos siguientes describen aquella función.

*El alma trémula y sola
Padece al anochecer:
Hay baile; vamos a ver*

La bailarina española.

*Han hecho bien en quitar
El banderón de la acera;
Porque si está la bandera,
No sé, yo no puedo entrar.*

*Ya llega la bailarina:
Soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.*

*Lleva un sombrero torero
Y una capa carmesí:
¡Lo mismo que un alelí
Que se pusiese un sombrero!*

*Se ve, de paso, la ceja,
Ceja de mora traidora:
Y la mirada, de mora:
Y como nieve la oreja.*

*Preludian, bajan la luz,
Y sale en bata y mantón,
La virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.*

*Alza, retando, la frente;
Crúzase al hombro la manta:
En arco el brazo levanta:
Mueve despacio el pie ardiente.*

*Repica con los tacones
el tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.*

*Y va el convite creciendo
En las llamas de los ojos,
Y el manto de flecos rojos
Se va en el aire meciendo.*

*Súbito, de un salto arranca:
Húrtase, se quiebra, gira:
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.*

*El cuerpo cede y ondea;
La boca abierta provoca;
Es una rosa la boca:
Lentamente taconeá.*

*Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos:
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro...*

*Baila muy bien la española;
Es blanco y rojo el mantón:
¡Vuelve, fosca, a su rincón
El alma trémula y sola!*

Un día hablando con Luis de la inmortalidad del alma, creencia arraigada en el Apóstol, dijo que tenía la absoluta seguridad de la supervivencia del alma, no sólo porque lo sentía en lo profundo de su ser, sino porque había *visto el alma*. Le contó que estando al lado de un anciano en la agonía, vio, al expirar este — juraba que lo había visto— salir de su boca algo etéreo, impalpable, que exhaló con el último aliento: era su alma.

Esto explica la cuarteta siguiente:

*Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos:
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.*

Creemos que el cuarto verso se refiere a su despedida de María García Granados (la niña de Guatemala), cuando Martí fue a México a casarse.

La señorita Francés Guerra me ha recordado este suceso de su niñez.

Martí estaba enfermo en cama, postrado por un acceso de su antiguo mal, exacerbado por sus penas y la partida de su mujer, quien acababa de irse para Cuba, llevándose al hijo idolatrado.

Con el propósito de poner un poco de alegría a la tristeza de Martí y distraerle un tanto, su amigo Benjamín Guerra lo fue a visitar llevando consigo a sus hijitas, Ubita y Panchita, de dos y de tres años de edad, habiendo comprado en el camino dos mazos de claveles rojos para que cada chica pudiese ofrecerle un ramo de flores, suceso que sugirió estos versos:

*Pinta mi amigo el pintor
Sus angelones dorados
En nubes arrodillados
Con soles alrededor.*

*Pínteme con sus pinceles
Dos angelitos medrosos
Que me trajeron piadosos
Sus dos ramos de claveles.*

La señora María Luisa Sánchez de Ferrara me contó, el otro día, cómo por el testimonio póstumo de Martí había conseguido ella la ciudadanía cubana.

Hacía poco que el Gobierno de Cuba le había otorgado el voto a la mujer, y María Luisa fue a inscribirse.

Le pidieron sus papeles, y al ver que había nacido en los Estados Unidos, le dijeron que no era cubana y que, por lo tanto, no tenía derecho a votar.

Protestó que sus padres eran cubanos, su marido cubano, qué era hija de Federico Sánchez, patriota connotado; que había nacido en Tampa en pleno hervidero revolucionario. Todo fue inútil.

Orestes Ferrara⁶ le dijo: “Descuida, que voy a arreglarte eso.”

Mandó un abogado de su bufete al juzgado a pedir que se reconociera la ciudadanía cubana de su esposa, pues tenía, en apoyo de su petición un testimonio de alto valor que no permitía la más remota duda.

El juez sonrió escépticamente, pero consintió en examinar el documento.

El letrado emisario presentó entonces un álbum de autógrafos donde estaban los versos siguientes, escritos de puño y letra del Apóstol y firmado José Martí:

A MARÍA LUISA SÁNCHEZ

*No hay en la bárbara guerra
del mundo más que un consuelo:
las estrellas en el cielo
y las niñas en la tierra.*

*No hay rival de la mañana
con su luz pálida y pura;
mas si hay rival, tu ternura,
pálida niña cubana.*

*Yo diré, mi niña esbelta,
allá en mi hogar de martirio,
que he visto en Ibor un lirio
con la cabellera suelta.*

JOSÉ MARTÍ

Tampa, 1891

Después de lo cual no pudo ponerse en tela de juicio la cubanidad de la demandante.

NUEVA YORK

Martí llegó a Nueva York el 3 de enero de 1880. Un claro sol iluminaba el aire invernal. Empezaba para él una nueva etapa de su vida.

En España, a donde había vuelto en su segundo destierro, comprendió que allí no podía trabajar con éxito para la independencia de su patria, mientras que en la gran metrópoli del Norte estaba en América, cerca de Cuba, en contacto con los jefes revolucionarios; era el punto estratégico para dirigir la campaña emancipadora hacia la cual convergían todas sus aspiraciones.

No perdió tiempo en incorporarse a la Junta Revolucionaria Cubana, que, inconforme con los acuerdos del Zanjón, seguía sus aprestos bélicos para una nueva intentona.

Aceptó Martí, al llegar, la invitación de un amigo, Miguel Fernández Ledesma, para alojarse en su casa hasta encontrar habitación adecuada. A los pocos días se mudó al número 51 de la calle 29, lugar que le fue recomendado. Era la residencia de un matrimonio cubano que se ayudaba a vivir recibiendo como huéspedes a algunos compatriotas.

Había en Nueva York en aquella época, una colonia considerable de emigrados arrojados de Cuba por la guerra, entre ellos Manuel Mantilla, el dueño de la casa de la calle 29, casado con Carmen Miyares. Mantilla tenía un comercio de tabaco, que según parece, no producía lo suficiente, y menos desde que andaba quebrantada su salud, al punto de ser casi un inválido.

Carmita, más joven y llena de energía, suplementaba las escasas ganancias del marido, aceptando en su casa algunos huéspedes, costumbre frecuente en muchos casos análogos. La vida en la emigración era difícil y los Mantilla tenían entonces tres hijos que mantener: Manuel, de nueve años de edad, Carmita de siete y Ernesto de tres. María, la más chica, no había nacido todavía. El *boarding*

le permitía ocupar una casa más amplia y desahogada.

Martí comprendió enseguida que ese ambiente familiar le convenía. Era un rincón con calor de patria en el frío de la ciudad desconocida. Luego, la dueña era afable, con cierto aire maternal que confortaba.

Había dejado atrás a la esposa, al hijo de su adoración, a los ancianos padres, la patria, y se encontraba sin brújula, sin saber cómo iba a orientarse en una tierra extranjera.

La casa de Mantilla se le ofrecía como un hogar: la dueña solícita, los niños despiertos y cariñosos, todo el ambiente contribuía a calmar las encrespadas olas de su espíritu agitado.

Ahora le interesaba dominar bien la lengua del país. Conocía bastante el inglés. Don Mariano se había empeñado en que lo estudiase su hijo desde chico, insistiendo en que era indispensable para los negocios. En el colegio de Mendive siguió las clases y debió de haber aprovechado bastante aquella asignatura, puesto que casi el primer dinero que gana cuando, en 1871, llega a Madrid deportado, es el producto de una traducción del inglés de un contrato “lleno de términos técnicos y extraños”, la cual se supone que satisfizo a quienes la encargaron, puesto que la aceptaron y pagaron.

Antes de salir para los Estados Unidos, nueve años más tarde, se puso a estudiar con intensidad la lengua inglesa. El caso es que, al desembarcar, ya hablaba con fluidez, y la práctica y la lectura acabaron de perfeccionarlo.

Pocas semanas después de su arribo a Nueva York, un cubano huésped de la misma casa que habitaba Martí, el pintor Guillermo Collazo, colaborador gráfico de la flamante revista *The Hour*, y admirador de Martí, con el cual había hecho amistad conversando extensamente sobre pintura, por las noches, en la salita de los Mantilla, maravillándose de sus conocimientos profundos de arte, de su criterio seguro y original, tenía el encargo de los editores de aquella revista de buscarles un crítico de arte entendido. Pensó que Martí sería precisamente el hombre que se necesitaba y le propuso que pretendiese el puesto. Este titubeó. No había escrito en inglés, y menos para una publicación de mucha categoría, como aquella; pero la necesidad de abrirse camino y de empezar a ganar venció sus timideces.

Se comprometió a escribir una serie de “Impresiones de América” firmados *A very fresh Spaniard*.

Su primer artículo sobre Madrazo, cuyo estudio Martí había visitado en Madrid, llamó mucho la atención. Había buen número de sus obras en la

colección Stebbins, conjunto de cuadros por grandes artistas europeos que se exhibía a la sazón en Nueva York y que Martí debía reseñar.

Agradaron la originalidad de las apreciaciones del novel escritor, la valentía de sus ideas, la justeza de sus juicios. Presentó a sus lectores un Madrazo lleno de dorada luz, de vida y de color. Siguiéron otros artículos, no menos notables, sobre Detaille, Fortuny, y los acuarelistas franceses; en todo se reveló Martí maestro de la crítica pictórica.

Con su modestia habitual, Martí habla de esos artículos con cierto desdén, diciendo que estaban escritos en “inglés bárbaro con palabras españolas vertidas al inglés”, pero no hay que tomarlo demasiado al pie de la letra. Claro que tendrían algunos giros exóticos, demasiado latinos, quizás, pero correctos desde el punto de vista gramatical. Después de todo, eso podría agradar, constituir una novedad, saliendo de lo corriente.

Y ¿no se inclinaron al vocabulario franco-normando —por ende latino— escritores ingleses de la talla de Macauley y De Quincey, en contraste con los que prefieren las palabras breves de raíz francamente anglosajona y las frases cortas de Kipling y de su escuela?

Un eminente literato americano, hombre de alta cultura y director del diario neoyorquino *The Sun*, Charles A. Dana, conoció a Martí y simpatizó mucho con él. Era partidario de la independencia de Cuba y gran amigo de los cubanos. Quiso ayudar al talentoso exiliado y al mismo tiempo adquirir un colaborador nuevo e interesante para su periódico. Le encargó algunos artículos que Martí escribió en francés, y fueron traducidos luego al inglés; pero después de un tiempo, los escribió directamente en inglés.

Esto sucedía en 1880.

Sé decir que cuando conocí a Martí en 1884, yo no hablaba una palabra de español y nuestras conversaciones eran en inglés, idioma que él poseía a fondo y en el cual se expresaba admirablemente con muy finos matices. Tenía un ligero acento extranjero, pero manejaba la lengua con soltura y elegancia.

Cuando me casé con Luis Baralt, dos años más tarde, no volví a hablar en inglés con Martí. En nuestra casa se hablaba el castellano, y yo, naturalmente, también.

Martí anhelaba reunirse con los suyos, y en cuanto pudo materialmente hacerlo, mandó a buscar a su mujer, y a su hijito. Estaba hambriento de su cariño, aunque apesadumbrado por las cartas de ella, las cuales, desde su salida de La Habana, hacía más de un año, estaban llenas a la vez de cariño y de

censura.

Confía en Viondi, su amigo de La Habana, esta triste impresión: “Cien puñales clavados en mi pecho no me causarían el dolor que esa primera carta me ha causado.”

Le rogaba al esposo que abandonara sus ideas revolucionarias, que regresara a Cuba, sometiéndose a la dominación española, ya que no tenía remedio. Insistía en que debía velar por el porvenir de su hogar y de su hijo, dedicándose a empresas pacíficas y a una vida sosegada; no concibe ese eterno batallar “por una quimera”, un imposible. La pobre mujer consideraba que la familia era antes que la patria, con, tal vez, un punto de vista normal o corriente. Mas, no se puede medir al genio con la misma vara que al común de los mortales.

Martí veía más grande. La patria era una obligación superior. Y él había jurado solemnemente dedicar su vida sin descanso a la libertad de su país. Él consideraba compatible ambos amores: ella no. Ella odiaba esa cosa espantosa: la política.

No dudo que Carmen Zayas Bazán fuese una mujer excelente pero entre ella y su marido había una barrera infranqueable: la incompreensión.

Él suspiraba y callaba, pero bien sabía que su felicidad conyugal estaba amenazada:

*Corazón que lleva rota
El ancla fiel del hogar,
Va como barca perdida,
Que no sabe donde va.*

Se trasluce su estado de ánimo en frases como estas:

“Dios tenga piedad del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles empresas.”

A los pocos meses volvió Carmen a la casa paterna de Puerto Príncipe (Camagüey) llevándose al hijito adorado.

El Pacto del Zanjón no era más que una tregua en las hostilidades. Muchos mambises estaban aún en armas en la manigua, y los jefes sólo aguardaban una ocasión propicia para alzarse de nuevo. Martí encontró a los miembros de la Junta Revolucionaria de Nueva York trabajando para un nuevo levantamiento. La cosa no era fácil. No había fondos, ni organización suficiente. Algunos jefes veteranos, sin embargo, bullían con entusiasmo, impacientes por lanzarse a la

lucha.

Calixto García, vuelto de su destierro en España, era el principal instigador.

En Cuba, Serafín Sánchez, Emilio Núñez, Francisco Carrillo, esperaban la señal del exterior.

Martí, en teoría, no pedía otra cosa, pero no tenía confianza en el éxito de la empresa que le parecía prematura. Mas, ¿cómo negar su cooperación? Pensó que una certera llamada al patriotismo de los emigrados podría levantar los ánimos, infundiéndoles nuevos bríos. Convenció a los líderes en Nueva York, Lamadrid y Calixto García, de que pudiera resultar provechosa una cálida exposición de las necesidades patrias del momento.

Con tal motivo se organizó un mitin en Steck Hall, en la calle 14, donde habló Martí. Preparó con cuidado este su primer discurso de propaganda política en Nueva York. Contrario a su costumbre, lo escribió, para no dejar nada al azar; pero al poco rato de lectura, se abandonó, soltó las riendas y se reveló, en toda la extensión de la palabra, gran orador. Electrizó al auditorio, aunó voluntades; el entusiasmo del público era desbordante. A medida que las palabras enardecidas brotaban de su vibrante corazón, iban como flechas al de sus oyentes conmovidos. Algunos lloraban, otros estallaban en frenéticos gritos.

Martí encontró, frases precisas para cada grupo presente: hasta tocó la nota racial, asegurando a los negros y mulatos (había un buen número de ellos en los últimos asientos de la sala), que eran imprescindibles para el triunfo de las armas cubanas, como lo habían sido los indios de las huestes de Bolívar, Páez y San Martín, en las guerras de independencia suramericanas. El poder del orador crecía a medida que iba hablando. Nunca se oyeron lenguajes de semejante altura, ni conceptos tan bellos, ni palabras tan convincentes. Martí salió de allí, aquella noche del 24 de enero, consagrado.

Los jefes militares, siempre un tanto desconfiados de los civiles, y más si eran del tipo oratorio, quedaron boquiabiertos ante la elocuencia, ante el verbo arrollador del nuevo tribuno.

El discurso de Steck Hall dio notable impulso a la causa y las gestiones personales de Martí consiguieron donativos que hicieron posible llevar a cabo la expedición que preparaba el general Calixto García.

Pero le faltó al movimiento coordinación. Varios de los jefes con los cuales contaban se vieron imposibilitados de cooperar por la falta de recursos, ni se recibió importante auxilio de los patriotas en las ciudades de Cuba.

Después de una lucha heroica, pero inútil; los cubanos en la manigua,

careciendo de todo, sin esperanza de vencer tuvieron que entregarse.

Martí tenía razón. No había llegado la hora para un nuevo alzamiento. Había que dejar transcurrir un tiempo para que se rehicieran las fatigadas fuerzas.

La salud de Martí, nunca muy robusta; desde que las penalidades sufridas en el presidio le infligieron un mal que iba a mortificarlo mientras viviera, se resintió con tantas angustias. Carmita Mantilla, en cuya casa vivía, lo cuidó, le dio ánimo. No tardó en encontrar en ella un apoyo, una consejera que le prodigaba una amistad que no iba a terminar y fue en la vida de Martí un gran auxilio, una fuerza hasta en su obra redentora.

Fracasada la Guerra Chiquita, y habiendo vuelto su mujer a Cuba, Martí quiso cambiar de panorama, y se fue a probar la suerte a Venezuela.

Carmita le dio cartas de presentación para algunos familiares suyos que ocupaban puestos importantes en la república sudamericana, entre otras para Mercedes Smith de Hamilton⁷, allegada al presidente Guzmán Blanco, y prima hermana de Carmita. También le dio cartas para Caracas su amigo Bolet Peraza.

Fue el viaje a Venezuela una interesante experiencia para Martí, pero le probó una vez más que no podía respirar el mismo aire que los dictadores. A los seis meses estaba de vuelta en Nueva York.

Carmen Miyares y Peoli es una figura con la cual hay que contar en la historia de Cuba.

Pertenecía a una distinguida familia venezolana. Nació en Santiago de Cuba en 1852, pero fue a Caracas muy niña y allí residió hasta los doce años de edad, cuando regresó a Cuba. Su padre, Carlos Miyares, era de una buena cepa revolucionaria, y su madre, María del Socorro Paoli, descendiente de aquellos famosos héroes corsos, los hermanos Paoli, que batallaron con tanto denuedo por la libertad de su patria contra la opresión genovesa. Derrotados por fuerzas abrumadoras, en 1769, después de más de un lustro de intenso guerrear, los Paoli abandonaron la Isla y se refugiaron en Inglaterra, donde se relacionaron con lo más granado del mundo intelectual y social de Londres.

James Boswell, el afamado biógrafo del doctor Johnson (autor del primer diccionario entre otras cosas), escribió una vida de Pasquale Peoli, que es un primor.

Cosa curiosa: cuando Pasquale se puso al frente de los insurrectos de Córcega, en 1764, tuvo por secretario un joven letrado de Ajaccio, llamado Carlos Buonaparte, más tarde padre de Napoleón. Fue Pasquale adicto al rey de Inglaterra, quien gustaba de su compañía y lo recibía con frecuencia en el

palacio de Buckingham.

Al morir el corso, el monarca inglés hizo colocar en la Abadía de Westminster, donde sólo se sepulta a los prohombres, una placa de mármol con esta significativa inscripción:

“To Pasquale Paoli his friend George III.”

En Inglaterra parece que por vicio de pronunciación, llegó a cambiarse la ortografía del apellido Paoli en Peoli.

El otro hermano, Cesare, no se quedó mucho tiempo en Europa: se fue a Venezuela, donde fundó una familia. Una nieta suya se casó con el mariscal Antonio José de Sucre; su nieto, Jorge Juan Peoli, salió para libertar a Cuba en la malograda expedición de los Soles de Bolívar, en 1823; fue capturado y languideció en un calabozo español hasta que pudo escaparse, gracias a la valentía y devoción de su esposa, quien fue a visitarlo en la prisión, cambiando de ropa con él. Peoli, vestido de mujer, pudo burlar la guardia, no descubriéndose su huida hasta el siguiente día.

Jorge Juan Peoli era el abuelo de Carmita Miyares. El amor a la libertad lo tenía, pues, en la masa de la sangre. Jorge Juan Peoli era también abuelo de Luis Baralt y Peoli. La madre de Carmita y la de Luis eran hermanas. De mi marido tengo los detalles de su ascendencia.

Los Peoli tenían familia en Santiago de Cuba y allí vemos a Carmita en su adolescencia. A los dieciséis años de edad quedó huérfana de padre y madre, encontrándose sola con cuatro hermanos menores. Un año después se casó con Manuel Mantilla,⁸ cubano, bastante mayor, pero hombre bueno que amparó la familia y la ayudó con sus hermanitos.

La insurrección de Oriente, complicando la vida de los cubanos patriotas, los obligó a emigrar. Fueron primero a Santo Domingo y luego a Nueva York.

Debieron de ser muy duros aquellos primeros años; los cuatro hermanos de Carmita enfermaron y murieron, todos jovencitos. Pero ella era animosa. Desafió la adversidad y mantuvo el barco a flote. Si su familia carecía de salud, ella, en cambio, era robusta, dispuesta siempre a ayudar a los demás, incansable para el trabajo. En medio de sus tareas de madre de familia y ama de casa, le alcanzaba el tiempo para auxiliar a los pobres, alojar a algún cubano impecunio, confortar a una amiga en la desgracia; su gran corazón era refugio y consuelo de tristes.

Luego, el carácter de Carmita era un *champagne*. Nunca se quejó de la suerte adversa, sino que encontró cada día motivo para dar gracias a Dios, con verdadera alegría.

La traté de cerca durante muchos años, la quise mucho: no he conocido alma más caritativa y abnegada.

Abrazó la causa de Cuba con entusiasmo e hizo cuanto pudo por favorecerla. Quedó viuda en 1885, a la edad de treintidós años.

Carmita, aunque bien educada, no había estudiado mucho: tenía la instrucción elemental de la mayoría de las mujeres de su época; pero poseía una muy clara inteligencia, una finísima intuición que manaba “del corazón, de donde vienen los grandes pensamientos”, como nos dice Vauvenargues.

Su devota abnegación, su cariño inquebrantable, allá en la sombra, calladamente, sin pensar en recompensa, sólo por su gran deseo de servir y de dar, sostuvieron a Martí en sus horas más difíciles.

No es demasiado decir que prolongó su vida.

Los hijos de Carmita tenían adoración por Martí. Manuelito, el primogénito, fue su mano derecha, su hombre de confianza en la trágica aventura de los barcos de Fernandina. Él era *John Mantell*, gracias a cuya sangre fría y presencia de ánimo se salvó el cargamento del Lagonda y se pudo despistar a los perseguidores.

Manuelito Mantilla acompañó a Martí a Santo Domingo cuando fue a reunirse con Máximo Gómez para ir a la manigua y volvió a Nueva York con pliegos confidenciales para la Delegación Revolucionaria.

Ernesto también lo quiso y le sirvió de mensajero, listo a ir y venir donde Martí lo necesitara, portador de esquelas. Iba a ayudarle, a la imprenta de *Patria*, en los días de mucho trabajo. Martí podía siempre contar con él, y Ernesto, un chiquillo, le tenía no sólo afecto, sino veneración.

En una carta de Martí a sus niñas, como llamaba a Carmita y a María, pone este recado “Ernesto: quiere, sirve, habla con finura y trabaja. Tu Martí.” Y este otro en una carta a María: “[...] y esa oreja del leal Ernesto? Le mando un beso allí donde se le heló. Tú se lo das. Martí.”

Carmita, hija, lo quería entrañablemente; lo cuidó y lo mimó a la par de su madre; y que su cariño estaba bien correspondido consta de mil maneras, entre otras, esta linda dedicatoria que dice:

Carmita mía:

Te amo por tu sencillez, y porque aborreces, como yo, lo falso y lo inútil. Eres natural, que es ser buena y feliz.

Lee, conmigo a tu lado, este libro de la naturaleza.

Tu
Martí

Cap. Haitien, abril 1895.

En cuanto a la última niña, María, a quien vio Martí nacer y de la cual fue padrino, se puede decir que fue el ser que más amó en el mundo. Tenía verdadero delirio con aquella niña que educó y colmó del más tierno cariño.

No hay más que leer las cartas de Martí, sobre todo las últimas que escribió antes de morir, para darse cuenta de ese gran afecto.

En una carta de María Mantilla de Romero (septiembre 22 de 1944), en contestación a una mía en la que le pedía unos datos referentes a su madre, me dice:

Bien puedes escribir sobre Martí, pues lo conociste muy íntimamente en esa época de Nueva York, en que tantas amargas y desilusiones sufrió. Él encontró en mamá todo el consuelo, apoyo, cariño y calor que jamás encontró en su propia mujer. Su cariño por mí fue muy grande y yo vivo orgullosa de ese cariño y del privilegio que fue para mí vivir todos esos años de mi niñez a su lado. Hombres como él hay muy pocos en el mundo. Tú bien lo conociste y bien recuerdo el aprecio y admiración que sentía por ti y por tu canto en esas veladas de la Sociedad Literaria. Aunque yo era muy niña, conservo siempre un recuerdo muy vivo de esa época tan feliz de mi vida.

Me habla luego de la contestación de Martí a una carta suya, en la que ella, muy niña todavía, le cuenta su entusiasmo por la ópera, a la que empezaba a asistir llena de admiración por el espectáculo y los artistas.

Martí, desde Santiago de los Caballeros, le escribe así:

Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros, los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal de que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas —Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contentar.

Gonzalo de Quesada y Miranda, en su interesante libro sobre Martí, hablando del viaje a Santo Domingo, que el Apóstol presentía sería el último, dice:

Desde el vapor, su corazón se estremecía de nostalgia por la noble mujer lejana, allá en Nueva York, por la única que fue, en realidad, su compañera abnegada, la que supo consolarlo en sus horas de soledad y desespero y caminar con él, la frente alta, calladamente sin esperanza alguna de fama o de recompensa, por la senda de espinas y abrojos.

Y luego esta carta de Martí a Carmita:

Muchos días han pasado, y pasarán, después de aquel doloroso de mi salida, sin que este mar nuevo ni el cielo claro me hagan olvidar tu pena y tu cariño. Es un pensamiento parecido al sol que sale de repente —de entre las nubes negras y llena de color la mar oscura. El recuerdo de Vds.—de tu alma limpia y leal,— es en mí una luz siempre encendida. ¿Y yo? ¿Ya soy nube, y cosa ida? ¿Iré yo pensándote, deseando, en mi ternura mayor, que la vida respete y premie tu virtud, tu verdad, tu piedad [...]. Tú callas, y quieres. Tú sabes que la pureza y la lealtad son la dicha única. Hay pocas almas como la tuya de fidelidad, que es la aristocracia verdadera. Deja que la gente vanidosa e infeliz se entretenga royendo los huesos del mundo.

A María Mantilla le escribe:

Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo para merecer que me vuelvas a abrazar, y tú para que yo te vea siempre linda como te vi entonces. No tengas miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, da juventud y hermosura [...]. Quiere y sirve, mi María. —Así te querrán, y te querré.-

NUESTRA CASA

Nuestra casa fue, durante varios años, un punto de reunión para los cubanos...

Ocupábamos un edificio mayor de lo que requería nuestra familia, porque, como presidente de la Sociedad para la Cultura Harmónica, mi marido necesitaba una casa con amplios salones para las sesiones quincenales de esa agrupación.

Se daban allí, además, clases de idiomas, literatura y arte.

Las reuniones de la Sociedad congregaban a mucha gente, en su mayoría norteamericanos, pero buen número de cubanos asistían a sus veladas, en las cuales tomaban parte, además del elemento del país, los artistas e intelectuales de habla española que pasaban por Nueva York.

Uno de los más asiduos era el gran maestro de canto Emilio Agramonte, profesor y pianista acompañante de primer orden. Sobre él y sus discípulos de talento hay mucho que hablar.

Gonzalo Núñez, pianista concertista de Puerto Rico, y Miguel Castellanos, también excelente pianista, se dejaban oír a menudo en la Sociedad.

Ignacio Cervantes y Rafael Díaz Albertini, eximios *virtuosi* cubanos, honraron nuestros salones, así como el glorioso violinista José White y su émulo Brindis de Salas.

Cantó en casa un famoso tenor venezolano, Michelena. Marcelina González, *El Clarín de Centro América*, como la llamó Martí, y la conocida soprano Zélie de Lussan, alumna de Agramonte, antes de cosechar laureles en la *Opera Comique* de París, cantando *Lakmé* de Delibes.

Emilio de Gorgorza, más tarde estrella de la Metropolitan Opera House,

cantó acompañado por Agramonte, su maestro.

Las eminencias, atadas por sus contratos, no podían actuar en público, pero como amigos algunas veces se dejaban oír en *petit comité*. En tales ocasiones, avisábamos a Martí, quien, de estar libre acudía.

La lista de los conferenciantes y disertantes incluía muchos nombres ilustres, tanto de lengua inglesa como española.

Después del programa músico-literario la concurrencia se quedaba en amistoso coloquio. Cuando la mayor parte se había marchado, la juventud cubana solía dar sus vueltas de vals o de danzón, al compás del piano de algún aficionado amable.

Entre las muchachas se destacaban las Ponce de León. María Luisa y Carlota; la graciosa hija de Bolet Peraza, Pilar, las Castillo Simoni, Esther y Hortensia —Sarita era aún muy niña—, las hermanas Molina, Panchita y Leonor, ambas aficionadas a representar comedias; mi cuñada Adelaida con sus primas María y Laura Peoli, y su amiga Elvira García de la Guardia eran las más animadas, así como Luisa Carlota Govín y Yara Fuentes.

Recuerdo una noche en que Joaquín Castillo Duany, de vuelta de una expedición exploradora al Polo Norte, con Perry, nos dio una charla sobre sus experiencias en el Ártico.

Diego Vicente Tejera nos deleitó recitando, como él sólo lo sabía hacer, sus encantadoras poesías.

Carlos Fernández Shaw, el dramaturgo español, jovencito de diecisiete años, cuando pasó por Nueva York, nos dio las primicias de sus versos juveniles.

José Joaquín Palma —amigo de Martí desde Guatemala— fue otro bardo que recitó en casa, y el conocido crítico francés Arsene Houssaye disertó en la Sociedad.

Pero todos los días no eran de fiesta y los amigos iban simplemente de visita. En aquel tiempo se visitaba; no era como ahora que es cosa insólita; teníamos nuestros *habitués*, nuestros tertulianos.

Hablando de estas reuniones, ha escrito Martí en *Patria*:

A la casa de Luis Baralt se ha de ir de propósito para contar cómo congrega, en sus fiestas y conferencias, a muy buena gente de New York, cómo justifica con su trabajo nuevo y reciente aquello de “hombre admirable” que dijo de él el crítico Howells y lo de su naturaleza fina y superior, que no se cansaba de celebrar José Ignacio Rodríguez. Ya en arte pleno por lo bien

distribuida y lúcida, la conferencia de Luis Baralt sea sobre la desequilibrada María Baskirsheff, o la novela francesa, o Tourquenieff o el Dante, o los elementos de la gracia. Y en sus fiestas mezcla, en prenda de la buena fe de un programa, las explicaciones de cultura física a los modelos del arte y de la literatura.

Cuando se constituyó la Sociedad Literaria Hispano Americana, se reunía en distintas casas amigas, antes de fijar su sede en el Scottish Rite Hall.

A veces se reunía en la nuestra.

En una ocasión en que se hablaba de lo difícil que era ir contra la fuerza de la costumbre, Martí citó, como ejemplo, un cuarteto popular:

*Todos me llaman Peneque,
Señor Alcalde ¿qué haré?
Vaya Ud. con Dios, Peneque,
Que yo lo remediaré.*

Martí, hemos dicho, tradujo al español, del inglés y del francés, varios libros, contratados al efecto por la gran casa publicadora Appleton y Cía.

Estaba el departamento de ediciones en español a cargo de un señor Purón, asturiano, hombre autoritario, muy imbuido de su propia importancia y, según parece, convencido de su gran saber, aunque no todos compartían esa opinión.

Como jefe, revisaba el trabajo de Martí para ponerle el visto bueno antes de mandarlo a la imprenta. No dejaba nunca de hacerle algunos cambios al manuscrito, lo que mortificaba a Martí en extremo, pues las llamadas “correcciones” solían desfigurar el original o echarlo a perder.

Martí necesitaba la retribución que le daba la casa Appleton y no quería habérselas con el jefe que presumía enmendarle la plana, porque sabía que la menor protesta le costaría el puesto. Sufrió en silencio, mordiéndose los labios, hasta que se le ocurrió un ardid.

Como lo que deseaba el pretencioso señor, elegantemente vestido siempre, y pavoneándose con un aire de superioridad por la oficina, era “corregir”, Martí decidió darle algo cuya corrección dejaría intacto el texto: puso en cada página alguna falta garrafal de ortografía o de puntuación.

Al momento, el supervisor, viendo la falta, le ponía remedio, sin tocar el estilo, que era lo que quería el autor.

Le pasaba lo que al irlandés hercúleo que se dejaba pegar por su mujer chiquita, diciendo filosóficamente: “A mí no me duele y a ella le da gusto.”

Una tarde llegó Martí a casa vestido para una recepción a la que iba luego. Mi marido y mi cuñada, valiéndose de la confianza con que lo trataban, le celebraron unos zapatos nuevos que llevaba puestos. “¿Son de Pérez?” — preguntó Luis refiriéndose a un zapatero español que trabajaba para algunos miembros de la colonia, empleando una horma especial, del gusto cubano, que no se encontraba en el calzado hecho. “No, contestó Martí, ya no me mando hacer los zapatos con Pérez, porque últimamente emplea un cuero virgen, deshonesto, muy desagradable.”

“Venga acá, Martí”, le dijo Luis riéndose, “explíqueme esto de virgen, deshonesto, que para mí son dos términos contradictorios.” Martí lanzó una carcajada.

“Le diré: *Virgen*, porque el cuero que usa es duro, mal curtido, y *deshonesto*, porque... huele mal.” Hilaridad general.

Hay que advertir que Martí tenía el pie tan fino y los dedos eran tan delgados, que daba la impresión de que el zapato estaba casi vacío. El empeine sí era alto y arqueado.

LA FOTOGRAFÍA DE MORA

De 1880 a 1895 la fotografía de Mora, en 707 Broadway, tenía la más rica y elegante clientela en Nueva York. Los dueños, José María y José Manuel Mora, estaban relacionadísimos en la mejor sociedad; solterones, guapos, vestidos según la última moda, se les veía en la ópera, en los salones, en Delmónico y otros restaurantes de lujo.

José María había estudiado pintura con buenos maestros en París, era condiscípulo de Guillermo Collazo, quien se asoció con él en el estudio neoyorquino, con creyonista de calidad. Cuando el famoso baile de trajes que dieron los Vanderbilt para inaugurar su gran mansión de la Quinta Avenida y Calle 56, todos los concurrentes desfilaron por la fotografía de Mora para retratarse, y el álbum con la colección de los invitados a la fiesta, miembros de los famosos 400 de Ward Mc. Allister, queda como documento histórico muy comentado y celebrado.

En la fotografía se reunían los cubanos de la emigración (aquellos que tenían tiempo para pasar horas charlando). Allí se conocían todas las noticias y se incubaban todos los chismes. Muchas reputaciones se hicieron y deshicieron en aquellas tertulias.

Iban desgraciados a pedir auxilio y otros a solicitar empleo.

Cuentan de un pobre criollo, recién llegado, que se apareció allí un día invernal, vestido con el saquito de alpaca con el cual había desembarcado. “¿No tienes frío, muchacho, con ese saquito tan delgado?” —le preguntó uno. “Sí señor”, respondió, “frío tengo bastante; lo que no tengo es sobretodo.”

A los oídos de Martí había llegado que allí criticaban su actuación política, cosa inevitable en aquel ambiente.

Habilísimo en conquistar voluntades, fue un día a la fotografía diciendo: “Yo

sé que ustedes no me quieren bien, pero no obstante, aquí vengo a que me retraten.”

Huelga decir que se ganó la simpatía de todos los presentes y José María Mora le hizo una fotografía magnífica, una de las mejores que de él se conocen; la que adorna estas páginas.

Entre los íntimos de los Mora se contaban los hermanos Pintó y Payne, Ramón y César, hijos de Ramón Pintó, una de las primeras víctimas por la independencia de Cuba. Acusado de conspirar contra la soberanía de España, fue condenado a muerte y ejecutado al garrote en La Habana en 1855. Allí se veía también a Héctor de Saavedra, joven pintor de escenas cubanas, cuyos paisajes con palmas le gustaban tanto a Martí; a Manuel Sanguily, el escritor y patriota.

Otros frequentadores del estudio de Broadway eran los hermanos Zayas, Enrique y Luis, mejor conocidos como Lincoln y Garibaldi. Uno era médico, el otro abogado, pero ninguno de los dos ejercía su profesión, a pesar de ser inteligentísimos. Preferían el *dilettantismo*, decir versos y cantar, ir al teatro, cultivar el trato de los artistas. Lincoln tenía locura por el gran actor shakespereano Edwin Booth. No perdía ninguna de sus representaciones y tanto hizo que logró ser presentado a su ídolo y trabar amistad con él.

Una vez que Booth había aceptado una invitación a comer en casa de los Zayas, sucedió que la criada que debía servir la mesa se enfermó repentinamente a última hora. Los muchachos estaban consternados; pero su madre estuvo a la altura de la situación. ”Yo voy a servir la comida”, dijo, “Booth no me conoce y no se enterará.” Se puso el uniforme y el delantal e hizo de criada.

La señora de Zayas, Serafina Junco, era alta, delgada y muy rubia, tenía, siendo cubana, un tipo nórdico. Cuando salió del comedor, entre dos platos, Booth le dijo a Lincoln: “Qué buen tipo tiene su sirvienta, y qué finas manos.” “Sí”, le contestó este, con aire de gran indiferencia, “es sueca, sabe usted.”

La pobre Serafina, que se moría de ganas de reír, hizo un magno esfuerzo para conservar la cara seria.

A Martí le hacían mucha gracia los cuentos de los Zayas. Lincoln, tan petulante y divertido en su primera juventud, se volvió patriota ardiente en cuanto estalló la guerra. Fue secretario del Club Oscar Primelles, incansable en conseguir material para los hospitales de sangre y socorros para los heridos.

Cuando se organizó un cuadro dramático con el objeto de levantar fondos para la Revolución, él fue codirector con mi marido de la compañía donde trabajó mucho tiempo y con gran habilidad.

MARTÍ, PROFESOR

Al renunciar Martí, en un gesto abnegado, a los tres consulados de Argentina, Uruguay y Paraguay, por haberse quejado el Ministro de España en Washington, de que el cubano que desempeñaba esos puestos conspiraba contra la soberanía de un gobierno amigo, el patriota perdió las únicas fuentes de ingreso con que contaba para vivir.

Entregado por completo a una intensa campaña de propaganda revolucionaria, le era difícil aceptar un empleo que lo sujetara de fijo todo el día.

Luis Baralt, mi esposo, era profesor de lengua y literatura españolas en el College of the City of New York; era, además, examinador oficial de la junta de educación neoyorquina para todo lo que se refería a aquel idioma.

Se creaban precisamente entonces unas cátedras para el estudio del español en las escuelas superiores nocturnas, y Luis estaba encargado de examinar los candidatos que se oponían a ellas. Pudo, por suerte, proveerlas con tres maestros eximios. Propuso y fueron aceptados Federico Edelmann, Lincoln de Zayas y José Martí.

Este último enseñó en el Central High School dos años, cinco veces por semana, de siete a nueve de la noche yendo después, aunque muy fatigado, a dar clases a los cubanos pobres —casi todos de color— en La Liga, donde sus alumnos lo adoraban y donde formó, con su amor desinteresado, muchos soldados para las filas revolucionarias.

Algunos amigos generosos auxiliaban al Maestro en esta obra humanitaria, verdadera unión de corazones democráticos para hermanar las razas, instruir las y fomentar su cariño.

La conocida quarteta, tantas veces citada, nunca tuvo mejor aplicación que en La Liga y al escribirla Martí era absolutamente sincero:

*Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.*

Entre sus colaboradores estaban Juan Fraga, uno de la primera hora, Manuel Barranco, Benjamín Guerra, Ventura Portuondo, Gonzalo de Quesada.

María Mantilla, a los doce años, era ya una pianista aprovechada. Martí solía llevarla a los lunes de La Liga para que amenizara con música los estudios de los alumnos.

Más tarde fue María una magnífica cantante. Tenía una bellísima y bien timbrada voz y cantaba como artista, con exquisito sentimiento y gusto. Creo que conserva su voz; pero, si ya no canta, estoy segura de que encanta todavía.

Había en La Liga también profesores de color, todos adictos al Maestro querido: Juan Bonilla, Sotero Figueroa, el impresor de *Patria*; Rafael Serra, un negro muy alto, bastante ilustrado, según parece, a quien Martí, en una ocasión llamó “mi señor Serra, alto en todo”.

Era un verdadero culto lo que aquella gente profesaba al Maestro. Mi buen amigo Félix Lizaso me ha hecho conocer estos versos que Martí escribió a Juan Bonilla, con motivo de sus bodas.

*Juan amigo, y mi señor,
No ha podido usted hacer
Cosa a sus años mejor
Que tomar dueña y mujer.*

*Dos cosas son en verdad
Las prendas de la salud:
En el pensar libertad;
En amor, esclavitud.*

*Con la rodilla rendida,
Bese en mi nombre la mano
A la que alegra la vida
De un caballero cubano.*

*Muy pronto voy a ir a ver
—Cuando ande menos al vuelo—
A los que van a saber
De qué color es el cielo.*

*Esté solo, solo, junto
Con su esposa, con su amiga:
Yo inspector celoso, apunto
La socia nueva a la Liga.*

Cuando el Maestro tenía que ausentarse de Nueva York, en viaje de propaganda política, su discípulo predilecto, Gonzalo de Quesada, lo sustituía en las clases nocturnas del Central High School.

Quesada había sido alumno de Luis Baralt en el College of City of New York, varios años. También lo había sido su amigo y compañero de estudios, Horacio Rubens. En aquel tiempo no se llamaba así, sino Horatio Schoen. Un día nos sorprendimos al saber que había cambiado de apellido. Parece que un señor Rubens lo había adoptado como hijo, o dejado de heredero, no teniendo hijos propios, con tal de que tomara su apellido. Desde entonces se llamó Horatio S. Rubens.

Ese joven abogado prestó grandes servicios a la causa de Cuba. Él arregló el asunto de la Rosa Española, de Tampa, haciendo valer la ley, cuando los dueños de aquella fábrica de tabacos pretendieron dejar cesantes a los operarios cubanos, sustituyéndolos por peninsulares. Intervino también, con gran éxito, en la causa por la infausta expedición de los barcos de Fernandina, demostrando su habilidad como abogado y su interés en la causa cubana.

Martí lo apreciaba mucho y le estaba muy agradecido.

LA LIBRERÍA DE PONCE DE LEÓN

Un lugar de reunión favorito de los emigrados cultos era la librería e imprenta de Néstor Ponce de León. El dueño, casado con Antonia Bachiller, hija del sabio cubano Antonio Bachiller y Morales, estaba relacionado con las familias más distinguidas de La Habana; era hombre culto, afable, con fino sentido del *humour*, como dicen los ingleses, y pródigo en cuentos amenos.

Además de libros, había en la tienda acopio de valiosos documentos históricos, que hacían las delicias de Martí. Refiriéndose a ellos en *Patria* dice el Maestro: “¡Cuántos tesoros en aquellos estantes y qué envidia, para cuando esté hecho lo que tenemos que hacer y pueda uno ponerse a revolver papeles viejos!”

Frecuentaban el establecimiento con asiduidad los hermanos Sellén, Francisco y Antonio, íntimos de Martí desde la infancia. Pancho Sellén, inspirado poeta y hombre de letras, autor de *Hatuey* y de una oda a Lincoln, era tan tímido que se inmutaba y ruborizaba como una niña con la mayor facilidad. Se ponía tartamudo cuando encontraba en la calle una dama conocida y deseaba saludarla. Era un alma bella y un gran patriota.

Se había casado con una señorita alemana que no hablaba el castellano. Nos preguntábamos, maravillados, cómo le habría hecho la corte; pero parecían felices.

En la librería de Ponce de León se veía a diario a Nicanor Bolet Peraza, gran amigo de Néstor, distinguido literato venezolano que había salido de su país por oponerse a la dictadura del “Ilustre Americano”, como se hacía llamar Guzmán Blanco; y sus compatriotas, el poeta Juan A. Pérez Bonalde, traductor al español del *Intermezzo Lírico* de Heine y de los versos de Edgar Allan Poe, y Gutiérrez

Coll. Otros fieles eran el gran escritor colombiano Santiago Pérez Triana, muy adicto a Martí; Clímaco Calderón; nuestro querido bardo cubano Diego Vicente Tejera, Gabriel de Zéndegui, Manuel de la Cruz; núcleo intelectual que formó luego la Sociedad Literaria Hispano Americana.

Martí, quien tenía gran amistad con los Bolet, solía ir a almorzar con ellos algunos domingos. La cocinera de la casa, venezolana venida a menos, tenía un hijo estudiante que había oído grandes alabanzas de la elocuencia de Martí. Sabiendo que iba a almorzar un día, le pidió a la señora permiso para quedarse en la repostería, con la puerta que daba al comedor abierta, a fin de oír la conversación del Maestro.

Al preguntarle, más tarde, doña Perfecta, lo que le había parecido, respondióle el muchacho, muy decepcionado: “Si habla como todo el mundo, yo creía que era otra cosa.” Esperaba, sin duda, oír en la mesa una arenga encendida.

Martí era la sencillez misma, y esa charla familiar suya, tan admirable, parecía a los inexpertos la cosa más natural del mundo. La señora Pilar Bolet de Ponce de León me recordaba hace poco cómo fue ella con sus padres, Martí y señora a la inauguración del famoso puente de Brooklyn, llevándose a Pepito Martí de cuatro años de edad. Para que el chico pudiera ver los fuegos artificiales en alto, y separado de la muchedumbre, lo cargaban alternativamente Bolet y Martí a horcadillas sobre sus hombros.

De que Martí tuviera mucho gusto en visitar a la familia Bolet no cabe duda, a juzgar por estas líneas por él escritas en el álbum de la niña Pilar:

“Pilar: No te diré nada pomposo: la pompa es enemiga de la verdad, como el lujo lo es de la honradez; sólo te diré lo que siento al entrar en tu casa; envidia.”

LA CASA DE PORTUONDO

Un hogar que visitaba Martí y que fue la primera casa cubana de Nueva York a donde fui yo invitada, era la de Rita Tamayo viuda de Portuondo: Quedó viuda muy joven con cinco hijos varones y una niña. Fue una madre heroica, una matrona ejemplar. La recuerdo como dechado de bondad, con su cabeza prematuramente encanecida, sus lindos ojos claros y su dulce sonrisa.

Ventura, estudiante de Medicina, robaba tiempo a sus libros para ir de noche a enseñar a los pobres de La Liga y ayudar a Martí en esa obra humanitaria; Rafael estudiaba Leyes, a la sazón en Barcelona; Pepa y Juan Miguel eran jóvenes escolares, más tarde ingenieros, y Antonio, un precioso niño de ojos azules, fue arrebatado al cariño de su pobre madre por violenta y traicionera enfermedad a los doce años de edad.

Desde las ventanas de la casa de Portuondo presencié, con Luis, Adelaida y Martí, el desfile de los funerales del general Grant que Martí describió tan magistralmente en su conocido ensayo sobre ese presidente de los Estados Unidos.

Íntimo de los Portuondo era un primo de Luis, Vicente Mestre y Amábile, cubano, ex oficial de la Marina española, condecorado por actos de heroísmo en un famoso naufragio. Renunció a su carrera en cuanto estalló la Revolución de Yara, uniéndose a sus compatriotas en la manigua. Era muy simpático y decidor.

LA MADRE DE BEMBETA

Entre los emigrados de la primera época, antes de la llegada de Martí a Nueva York, pero que él alcanzó, se encontraba Maruja Borrero, madre de Bembeta, aquel valiente Bernabé de Varona que fue fusilado al desembarcar en Cuba con los expedicionarios del *Virginus*.

Hablando de esta noble mujer escribió Martí esta frase lapidaria: “Como sagrado queda el seno donde palpité un héroe.”

Dicen que no había hombre mejor parecido que Bembeta y que cuando estuvo en Nueva York la gente se volvía por la calle para admirar su arrogante figura.

Su madre y su hermana, Juana de Dios, llegaron al Norte, después de su gran tragedia, huyendo, medio muertas de dolor, habiendo dejado tras de sí su casa, su bienestar, todo.

Acostumbradas a una existencia desahogada y fácil, no estaban preparadas para afrontar la lucha por la vida en un país extraño.

Pero querer es poder. Las dos mujeres eran de madera heroica. Hicieron lo que otras habían hecho: pusieron una casa de huéspedes para criollos. Sin experiencia ni conocimiento del idioma inglés no les fue fácil adaptarse al medio, y los cuentos que se hacían de sus aventuras son divertidísimos.

Recién llegada, la buena Maruja ignoraba, probablemente en su inocencia, la dificultad del inglés: “—Mire usted que esta gente es bruta”, decía; “le digo a esta muchacha: *deme un vaso de agua*, palabra por palabra, despacio; no puede ser más claro y ¿puede usted creer que no me entiende?” Se lo pedía en español a la americana.

Para ir aprendiendo, se informaba con los amigos de los nombres de diversos objetos. Preguntó cómo se decía “mosquito”. Lo mismo, le contestaron. “Me

alegro”, exclamó, “no pudieron los yanquis encontrar palabra mejor.”

No estaba conforme con los pollos que el pollero le dejaba; los encontraba duros y decidió escogerlos en persona. Pero como su escaso vocabulario no le permitía explicaciones precisas, se las arregló como pudo diciendo: “Lady chicken, no: gentleman chicken, no: *boy* chicken.” No quería volátil que fuera señora ni caballero, sino muchacho, no sabiendo cómo se decía en inglés ni gallina, ni gallo.

Un 4 de julio en que los chicos americanos celebraban su independencia haciendo explotar cohetes por la calle, Maruja exclamó ufana: “—¡Cuánto me alegro de ver esta gente regocijarse en el día que botaron a los españoles de aquí!” “—Los españoles, no mamá, los ingleses”, corrigió la hija, y volviéndose hacia las personas que estaban allí: “—Eso lo dice mamá por gracia”, “—por gracia, no, hija mía, por desgracia”, agregó con tristeza la madre.

JUAN PEOLI Y SU FAMILIA

Una de las residencias más elegantes de los cubanos en Nueva York por aquel entonces era indudablemente la de los esposos Juan Peoli y Antonia Alfonso, en la calle 74, entre Quinta y Madison. Peoli era pintor de talento. Había viajado extensamente por Europa, y adquirido valiosas obras de arte, que adornaban tanto su vivienda como su estudio. Además de artista, era Peoli hombre culto de mucha lectura: su biblioteca era extensa y escogida.

En La Habana había sido amigo de Saco y de Delmonte, y en Madrid, íntimo de Pepe Güell, el apuesto cubano que casó con la infanta María Josefa de Borbón. Cuentan que los caballos del coche en que iba la infanta se desbocaron una tarde en el Paseo de la Castellana: Güell y Peoli, que se encontraban al paso, se precipitaron y pudieron pararlos, salvando a la princesa a punto de ser precipitada por los animales en furiosa carrera. Ahí empezó un romántico idilio que se consagró ante el altar.

Peoli ayudó mucho a la enamorada pareja en sus contrariados amores, que son todo una novela.

Antoñica pertenecía a la acaudalada familia de los Alfonso, de La Habana; era mujer de gran bondad y dulzura; ambos apreciaban mucho a Martí.

Para mi marido fueron como padres. Luis había quedado huérfano muy niño y fue, con su hermana Adelaida, jovencitos, a estudiar a los Estados Unidos, viviendo con sus tíos Juan y Antoñica, hasta graduarse él de médico. Cuando Luis empezó a ejercer se hizo cargo de su hermana.

Los Peoli tenían una hermosa propiedad en Sandy Hill, cerca de Saratoga, en el estado de Nueva York, donde veraneamos muchas veces y donde se recibía a muchos cubanos conocidos. Una de las hijas, Laura, se casó con Daniel Guiteras, médico de la armada norteamericana, de esos Guiteras que tantos prohombres

dieron a la patria cubana: los educadores Antonio y Eusebio, el insigne sabio Juan Guiteras, de fama internacional, y Ramón, condiscípulo del general Leonard Wood, médico conocidísimo y querido de todos.⁹

EL COLEGIO DE ESTRADA PALMA

“Un santo rodeado de montes” es como empieza Martí una crónica en *Patria* hablando de Tomás Estrada Palma¹⁰ en su colegio de Central Valley, al pie de los Catskills.

Había sido aquel varón justo presidente de la república en armas y empleó los largos años de lucha y de espera dedicado a la noble labor de formar caracteres y patriotas.

Su escuela tuvo buen éxito. Allí acudieron los hijos de familias hispanoamericanas y algunos del país y aprendieron no sólo el *curriculum* usual de los libros, sino a ser hombres de verdad, rectos, generosos y corteses.

La escuela de Central Valley era una gran familia: don Tomás el maestro paternal; su buena esposa, doña Genoveva, dispensadora de ternura; sus hijos, excelentes estudiantes y compañeros.

Aunque vivía en el campo, a dos horas en tren de Nueva York, iba don Tomás con frecuencia a la ciudad para los mítines y las sesiones de la Junta Revolucionaria, que fue llamado a presidir al faltar Martí.

Como Cincinato, lo llevaron del arado, o sea de su colegio rural, donde él alternaba la enseñanza en las aulas con las faenas del campo, al Capitolio para que inaugurara la patria nueva y fuera el primer presidente de Cuba libertada.

Después que Estrada Palma dejó la presidencia de su país, pobre, como convenía a sus virtudes, dos cañileros cubanos, Octavio de Zayas y Adán y Carlos de Zaldo, compraron la casa escuela y los terrenos de Central Valley y se la regalaron al patriarca para que tuviera un asilo propio donde pasar sus últimos días. Hermoso gesto de patriotas agradecidos.

LA OFICINA DE MARTÍ

Su celda de trabajo fue, durante mucho tiempo, su cuarto en casa de Mantilla; pero la acumulación de libros y de papeles le obligó a buscar un lugar mayor donde depositarlos. Encontró una oficina, donde estaba el consulado del Uruguay, en un viejo edificio de ladrillo ennegrecido por el humo, en un barrio de la baja ciudad, cerca de los muelles, de las imprentas, del movimiento mercantil, en el número 120 de Front Street.

Para llegar a ese palomar, había que subir cuatro pisos por una estrecha escalera de hierro. Los pasillos eran oscuros, pero arriba la estancia era clara y en días de sol inundada de luz. Dos ventanas daban a la calle, aunque bastante lejos de ella para amortiguar el bullicio urbano.

Las paredes cubiertas de estantería sencilla, repleta de libros, una mesa, algunas sillas, el retrato que hizo de Martí el pintor Norman, colgado sobre el escritorio, apuntes de Estrázulas y de Edelmann, y unas palmas de Héctor de Saavedra. Sobre uno de los estantes, su grillete del presidio.

En el último lustro de su vida, casi todo lo que produjo el Maestro se escribió allí.

La oficina de Front Street fue la sede, los consulados que desempeñó en sus años de bonanza. Despachaba buques para Sud América entre dos artículos para *La Nación* o *La Opinión Pública*.

Desde 1890 la fama de Martí era continental y lo buscaba cuanto literato de lengua hispana desfilaba por la metrópoli americana. Subieron aquellas escaleras poderosos e infelices. A todos recibía con una sonrisa. Aunque estuviera apresurado por terminar un escrito de urgencia antes de que se cerrara el correo, no dejaba sentir al visitante importuno que el tiempo apremiaba. ¡Sublime cortesía!

Nunca tuvo más interrupciones, ni fue más generoso de su tiempo que en aquella ermita donde su propósito era aislarse del mundo para poder trabajar.

Allí lo visitó el poeta guatemalteco Domingo Estrada, amigo de antaño, acompañado de Máximo Soto Hall, hermano de aquel presidente hondureño Marco Aurelio Soto, gran amigo de Martí. Decía Máximo Soto que no era de extrañarse que Martí quisiera a Guatemala, porque dos de las personas que más le quisieron en este mundo eran guatemaltecos: María García Granados (la niña de Guatemala) y Valdés Domínguez, padre de sus íntimos Fermín y Eusebio, quien consideraba a Pepe Martí como hijo suyo, probándole su cariño en mil ocasiones con ayuda espiritual y material.

En su casa de la calle Industria se alojó Martí cuando vino a Cuba de incógnito, bajo el nombre de Julián Pérez y más tarde con su mujer, recién llegados a La Habana. Fue una amistad nunca desmentida.

Enrique Estrázulas, el cónsul uruguayo, que le confió el consulado durante su prolongada ausencia en Europa, artista entusiasta, no tenía placer mayor que charlar con Martí de pintura; era uno de los visitantes más asiduos; lo era igualmente Federico Edelmann, a quién Martí distinguía mucho como amigo y como pintor; lo que consta en carta dirigida a mi cuñada, más tarde esposa de Edelmann:

Mi amiga Adelaida:

Este sí que es año nuevo, una carta de Vd., y la probabilidad de hermosearle la sala a Carmita con un cuadro de Fico. Fuera yo un poco más poderoso, y hombre que no tuviera los pies en la mar, y ponía a Fico preso todo un año a que me llenase las paredes. Su arte es fuerte y franco, y merece la amistad de Vd. y el cariño inútil de su amigo

JOSÉ MARTÍ

Parece que un día Adelaida había dejado olvidada su bolsa, quizás en casa de Mantilla; el caso es que Martí se la mandó con esta notica graciosa:

*Sin violación de secretos
devuelvo el portamonedas,
rogándole a Dios que pueda
verlo de amor y de greenbacks repleto.*

JOSÉ MARTÍ

LOS MIRANDA QUESADA

Después de un verano en París (1894), nos trasladamos de la calle 55 al número 135 oeste calle 64. A dos puertas de nuestra casa vivían el doctor Ramón L. Miranda, su esposa Luciana Govín, su sobrino Luis Rodolfo Miranda y el joven matrimonio Angelina Miranda y Gonzalo de Quesada.

Martí no tuvo amigos más consecuentes y probados que aquella familia.

Hacia tiempo que Gonzalo se había incorporado al movimiento revolucionario, auxiliando al Maestro, tratando de ser sus manos y sus pies, hasta lograr el título de discípulo que todos reconocían. Martí confirmó ese derecho nombrándolo albacea de su testamento literario, obligación que cumplió fielmente. Todos le debemos nuestra gratitud, porque si no es por la devoción de Quesada sabía Dios cuántas obras de incalculable valor se habrían perdido.

Gonzalo recogió los papeles en el santuario de Front Street, los que le entregó Carmita Mantilla, los que pudo conseguir de fuentes privadas; ordenó, clasificó, dió forma a todo aquello y publicó la primera edición de las obras martianas.

Fue su hombre de confianza en muchas empresas difíciles. Como secretario del Partido Revolucionario prestó muy buenos servicios a la causa cubana y alivió en muchas ocasiones la pesada carga que oprimía los hombros del Apóstol.

Cuando fue fulminado Martí por la noticia de la confiscación de los barcos de Fernandina, cargados de pertrechos y listos para zarpar, en los que había acumulado el fruto de los trabajos y desvelos de años, y que así, de golpe, veía perdidos, Gonzalo de Quesada lo llevó con cariño filial de Jacksonville a Nueva York, a la casa de sus suegros.

Aturdido por esa desgracia, aumentada por el dolor de haber sido traicionado

por un compatriota en quien creía, no tardó en reponerse, con indómito valor; pero hay que convenir en que la afectuosa acogida que encontró en aquel refugio mucho hizo por restaurarlo.

Perseguido por las autoridades como conspirador, allí estaba seguro, con Gonzalo pronto para hacerle las diligencias necesarias de día y de noche.

Para subsanar la inmensa pérdida, la señora de Miranda puso a la disposición de Martí su cuenta bancaria íntegra; la importante suma de cincuenta mil dólares; el doctor añadió su contribución a la de su mujer y siguieron los demás, a cual más generoso. Con esa feliz iniciativa pronto pudo reponerse el desastre.

En ese hospitalario ambiente pasó Martí los últimos días de enero de 1895, los que precedieron a su ida a los campos de Cuba y fueron sus últimos días de Nueva York, protegido y cuidado.

De la casa de Miranda salía aquella mañana del 31, cuando fue a despedirse de nosotros.

El doctor era persona atable y jovial que daba ánimo a sus enfermos.

José Jacinto Luis era otro médico revolucionario, que en sus mocedades había cambiado “la matrícula por el fusil”; peleó en la manigua y fue ayudante de Ignacio Agramonte; seguía en Nueva York unido a la empresa libertadora con incansable devoción.

Otros galenos entusiastas por la causa de Cuba eran el puertorriqueño doctor J. J. Henna, gran médico y gran corazón, Ventura Portuondo, Goyito Quesada, hermano de Gonzalo, Ventura Fuentes y el doctor José Álvarez, eminente cirujano de mucha fama en la ciencia y en la guerra.

EL HOTEL FÉNIX

Dos hermosas casas, el número 211 y el 213 de la calle 14, al oeste, eran el albergue de muchos hispanoamericanos. Allí se hospedó, viejo y desilusionado, Lerdo de Tejada: era presidente de México cuando Martí llegó allí, de España, en 1875 y encontró tan cordial acogida, hasta el advenimiento de Porfirio Díaz.

Allí vivió más de un año otro presidente en exilio, Rojas Paul, de Venezuela; muchos cubanos: Aurelio Arango, cuyas lindas hijas, Aurelia, esposa de Arturo Cuyás, muerta casi antes de marchitarse sus azahares nupciales, y Elvira, que aún vive en La Habana, viuda de aquel dechado de honradez que se llamó Manuel Despaigne.

El diputado autonomista Rafael Fernández de Castro, sus padres y sus hermanas estuvieron allí después de una temporada en Saratoga. Allí conoció Carmen Fernández de Castro, presentada por mi cuñada, a Alejandro Rodríguez Capote, con quien se casó.

Allí estuvo también, pero más tarde, en el 95, Cosme de la Torriente, joven patriota, uno de los cinco cubanos que respondieron sin titubear al llamamiento de Gerardo Castellanos, comisionado de Martí, ofreciéndose espontánea e incondicionalmente al servicio de la Revolución libertadora.

En Nueva York esperaba impaciente la salida de una expedición que lo llevara a luchar en los campos de Cuba.

Cuando Carmen Zayas Bazán volvió (por tercera vez) a Nueva York, para que Martí viera a su hijo Pepito, después de casi diez años de ausencia en Cuba, se alojaron en el hotel Fénix.

Allí pasaron algunos meses, que terminaron con la trágica huida de Carmen, valiéndose de los “buenos” oficios de Enrique Trujillo para conseguir del cónsul de España su embarco, eximiéndola del permiso marital.

Se refiere Martí con amargura a este incidente en una carta a su amigo Viondi:

“Y pensar que sacrifiqué a la pobrecita María (García Granados) por Carmen, que ha subido las escaleras del consulado español para pedir protección de mí.”

Este acto motivó el distanciamiento de los dos hombres y la separación definitiva de Martí y su mujer.

Debió de haber sufrido mucho de ver la educación anticubana que iba recibiendo el hijito amado en casa de su suegro.

Me contó el mismo Martí este incidente que demuestra el refinamiento con que querían herirlo, inculcándole al niño principios de españolismo.

Un día Pepito sacó de su bolsillo un reloj de oro con tapa, en cuyo interior estaba grabado el escudo de España, regalo de don Francisco Zayas Bazán, y el chico le refirió a su padre que el abuelo, al dárselo, le había dicho: “Toma, hijito, te regalo este reloj para que cada vez que mires la hora, veas este escudo y te acuerdes de que eres español.”

Pero la herencia es más fuerte que el medio. En cuanto mataron a su padre, Pepito, ya un joven de diecisiete años, rompió las amarras, y se fue a la manigua, donde peleó como valiente mambí y muy pronto ganó sus galones.

Después de la victoria, Martí hijo, permaneció en el Ejército de la República, llegando a ser General en Jefe.

SARATOGA

El Everett House, de Primo Suárez, en Saratoga, era, en los meses de verano, un torbellino de cubanería, con el animado doctor Ramón Miranda de director honorario de salubridad.

¡Cuántas caras conocidas se veían en el Parque del Congreso, libando el agua de los manantiales que dan la salud!

Cada año llegaba de Cuba Raimundo Cabrera, con su dulce compañera, Elisa, su numerosa prole, a la que se agregaban unos cuantos sobrinos y varios criados; una verdadera caravana. Se necesitaban en los vapores, los trenes y los hoteles dieciséis puestos para darles cabida.

En el Everett estaban los condes de Casa Bayona con su hijo Panchito Chacón, recién casado con la bella María Calvo; el doctor Juan B. Landeta y Adela Bachiller, entusiasta él por la virtud terapéutica de las aguas del Spa americano; Esteban Borrero y Echeverría, muy orgullosos de su talentosa hijita, la delicada poetisa Juana Borrero.

Atención llamaba la escultural belleza de María O’Farrill y su preciosa hijita Blanca Broch. Don Narciso Golats y su larga familia; las de Carlos Párraga, Froilán Cuervo y Guillermo Dolz.

En el Grand Union se hospedaban Domingo Zanette, señora e hijos; algunos años los acompañó su cuñada Malvina Cruzat, la de los grandes ojos luminosos, y luego el esposo de esta, el admirado literato Nicolás Heredia.

Se alojaban también en el Grand Union, doña Concha Baró, su hijo Juan Pedro, con Rosa Blanca Varona y los chicos de estos, Johnny y Nina.

El señor Julio Hidalgo, señora e hija jovencita, Lily.

Martí no estuvo nunca en Saratoga, que yo sepa. Pero las visitas de cubanos a las famosas aguas permitían a estos mantener contactos fecundos con Martí en

Nueva York.

En aquel tiempo no se había inventado el práctico traje sastre, ni la ropa de *sport* y se veía en el Congress Park, desde las siete de la mañana, a las mujeres más elegantes, tomando el agua, en ayunas, con vestidos largos de organdí, sombrillas de encaje y anchas pamelas adornadas con flores, como para asistir a un *garden party*. ¡*O tempora, o mores!*

LA ESCUELA DE ÓPERA

Un templo de arte y una escuela de entusiasmo era la academia donde Emilio Agramonte formaba artistas, algunos de los cuales alcanzaron mucho renombre.

Ese camagüeyano, de pura estirpe revolucionaria, era uno de los músicos mejor dotados que dar se puede. Leía con tanta facilidad que podía descifrar simultáneamente los dieciséis pentagramas de una partitura y dirigir, a primera vista, orquesta, coro y solistas —capacidad dada a muy pocos directores.

Tenía una sensibilidad artística que le permitía interpretar con igual corrección las obras clásicas y las modernísimas, el canto gregoriano y los oratorios, las óperas italianas y los dramas musicales wagnerianos.

Tenía el genio de la interpretación: tanto que muchos artistas célebres lo llamaban para ensayar y preparar su repertorio.

Como acompañante no tenía rival. Que fuera excelente pianista era lo de menos: lo notable era su talento para identificarse con el solista, ayudarlo, adivinarlo. Eso lo sé por experiencia propia, porque muchísimas veces me ha acompañado cuando cantaba yo en conciertos, y con Agramonte al piano, el solista se sentía sostenido, seguro y dispuesto a superarse.

Se recibió de abogado; pero había dejado las leyes por la música, yendo a París para estudiar con Delle Sedie y Delsarte.

Veinticinco años enseñó en Nueva York con incansable entusiasmo y amor.

Una especialidad de Agramonte eran sus conferencias musicales, y los que las escucharon nunca las podrán olvidar..

Era inimitable hablando de la ópera *Carmen* de Bizet. Después de considerar la obra, su origen, su desenvolvimiento, su carácter; se ponía al piano, ilustrando y analizando los temas, señalando los *leit motive* de los personajes, el uso de la

escala árabe en algunos pasajes; atacaba, con ímpetu frenético, la formidable canción gitana; nos indicaba el tema de Carmen para seducir a don José: “¡Esto es el veneno!” exclamaba, y nos tocaba las notas fatales y luego, en contraste, el canto de amor puro de Micaela. Cantaba todas las partes, imitaba todos los instrumentos, sacaba del piano el sonido de la flauta, de los metales, de las cuerdas.

Su público quedaba asombrado.

En aquel entonces los partidarios y los detractores de la música de Wagner se enardecían en inacabables discusiones. Agramonte era uno de sus admiradores más decididos.

Martí, en *Patria* dice de él:

Allá va con todo su Wagner, Emilio Agramonte, a decir en su brioso inglés cuanto se sabe del arte y vida del áspero alemán. Las cosas ha de hacerlas quien las puede y a Agramonte le está bien, porque él sabe la música perfecta y realzará la de Wagner ante su público, poniéndole por nota viva al correr de la explicación, los cantantes y el piano. ¡Y la verba, la pasión, la sinceridad de Emilio Agramonte. Él se indigna, estudia y ama!

Entre sus auxiliares cubanos en la Escuela de Ópera, estaban Lincoln de Zayas, para la declamación, y Rafael Navarro, profesor de piano y de canto. Navarro compuso, algunos años después, una bella elegía sobre la muerte de Martí, con versos de Luis Baralt, que se cantó en varias fiestas patrióticas.

LA FAMILIA DE GUERRA

No tuvo Martí en la emigración compañero más fiel y consecuente que Benjamín Guerra, miembro de la Junta, colaborador en La Liga, tesorero del Partido Revolucionario, asociado con él en todos los trabajos de aquella época heroica; y con la familia de aquel buen cubano le unían lazos de mucha simpatía. Ya hemos visto varios versos dedicados a las chicas, muchas cartas a Benjamín y libros ofrecidos a su esposa, Ubaldina.

Recibo de Francés Guerra, la hija del patriota, una carta de Martí escrita a la abuela de aquella y quiero aquí explicarla un poco.

En el verano de 1891, los Guerra salían de Nueva York para veranear en Sea Cliff, y en el tren se sintió enferma la madre de Ubaldina, señora Mariana Guerra viuda de Barranco. En cuanto llegó al hotel, hubo que acostarla; tenía fiebre y pronto se declaró la pulmonía. Por suerte se hallaban en el pueblo el médico doctor Esteban Borrero y Martí. El primero se instituyó a la cabecera y el segundo se unió a la familia para cuidar con habilidad y ternura a la anciana. Muy grave estuvo, pero se repuso, y les guardó a sus salvadores un profundo agradecimiento.

No parecía prudente que permaneciera en el Norte durante el invierno, y Martí, que iba al Cayo en una de sus famosas giras de propaganda revolucionaria, ofreció acompañarla hasta Key West y ponerla en el vapor para La Habana.

En la primavera regresó Nana a Nueva York, al lado de los suyos, y la carta que sigue es de bienvenida a la viajera:

Mi amiga Nana:

Desde que le volví la salud, me creo obligado con Vd. y ya se lo hubiera ido

a decir, si desde que llegó hubiera podido alzar la cabeza. No he podido.

Anoche, a la madrugada, me desperté con pena, como deben despertarse los culpables. “¿Qué pecado he cometido, que me despierto así?” Y era el recuerdo enojoso de que, por querer saludarla a Vd. con muchos perfumes y recamar el saludo con las joyas reservadas del joyero, me sorprendió el impresor de Patria con la prueba definitiva, cuando ya no había espacio para mis cariños. Van aquí a reserva de ir luego donde todo el mundo lo vea, aunque nunca, por no parecer lisonjero, serán tantos como sus virtudes silenciosas merecen.

Y su compañero de viaje tampoco se me enojará, cuando Vd. me haya perdonado.

Mande y quiera a su amigo y servidor

JOSÉ MARTÍ

Mayo 21. [1892]

He aquí la nota de Patria que Martí habría querido publicar en el número del 21 de mayo, pero salió la semana siguiente:

De lo más bello de esta vida es una compañera fiel y la belleza es más y conmueve, cuando la compañera no tiene ya a su esposo en el mundo. Tiene de agradecimiento el afecto respetuoso que rodea a las virtudes singulares y se gusta de tenerlas a mano, y de que acorten sus ausencias. Se es más cuando se vive entre buenos; y con cada bueno que se va se es menos. En cada uno refluyen las virtudes de todos. Patria saluda, en su vuelta de Cuba, a la Sra. Mariana Guerra de Barranco, viuda de aquel Agustín, que cargó hierros al pie por su país, y creó en el destierro y murió desterrado.

Ya sabemos que Martí era muy regalador y que siempre enriquecía el presente con su ingenio y sus sentimientos delicados.

Un hombre purificado

Por la virtud de su pueblo,

Con sus manos de sol vivo

Fabrica una flor de hielo,

Y la pone en los umbrales

De sus dos amigos tiernos.

JOSÉ MARTÍ
Navidad de 1892

Y esto en el álbum de Ubaldina:

*“Busco”, dijo un ángel peregrino,
“Una estrella que mora en cuerpo humano.”
“Ángel ladrón, no te diré el camino,
todo de luz, de cierto hogar cubano.”*

JOSÉ MARTÍ

Y ¿quieren algo más exquisito que esto en una tarjeta de visita?

JOSÉ MARTÍ

En lo alto de una montaña vio unos helechos delicados como las virtudes de Ubaldina, y quiso traérselos bordados de seda.

En la casa de Guerra se bautiza la hija de sus parientes Manuel y Mercedes Barranco, a la que se le pone por nombre Patria, siendo sus padrinos Juana de Dios Varona y José Martí.

No vive mucho tiempo la niña. Mientras Martí está en Montecristi (República Dominicana), recibe la noticia de su muerte, y en una carta escrita a Benjamín le pone esta nota:

“Mi gran pena a Mercedes por el viaje de Patria. Todo será mío al fin. Que no padezca demasiado. Pero el padrino lleva a la niña en el arzón de su silla de viajero.”

Para Martí morir era “seguir viaje”. Mil veces ha declarado su fe en la inmortalidad.

Y esto tan lindo: “Me manda poner con la fe en la primavera eterna de la resurrección, una flor en la sepultura de su hermana.”

LOS CARRILLO

En el apartamento de Antonio Carrillo y de Irene Pintó de Carrillo, en la calle 93, se hacía mucha música. Ella cantaba y su hermano acompañaba. Con Ramón Pintó al piano y unos cuantos amigos aficionados alrededor, se despachaba una partitura de ópera de cabo a rabo.

No se había estrenado en Nueva York aún el *Otelo* de Verdi, recientemente escrito, pero había llegado la partitura. Con gran entusiasmo la desciframos y se dominaron algunos de los números principales. El “brindis”, tan valiente y brioso, gustó enormemente y se cantaba allí con frecuencia.

Pocos meses después pusieron en escena la famosa ópera, en la antigua Academia de Música, con un elenco formidable: Cleofonte Campanini de director y Eva Tétrazzini en el *role* de Desdémona. Fuimos los del grupo de aficionados ¿cómo íbamos a faltar? un sábado en matinée, a oír la nueva obra del gran Verdi. Irene llevó a su chico, Alberto que tenía unos cuatro años y ya daba señales de ser melómano. Era la primera vez que iba a una función de teatro y estaba loco de alegría, la que llegó al paroxismo cuando el coro entonó el “brindis”. Al ver que todos en la escena cantaban, Alberto se puso de pie y con mucho desparpajo y afinación cantó con el coro *E bebo con té*.

Hubo un susurro de sorpresa en torno suyo. Hacía mucha gracia ver a un chiquillo, casi un bebé, que se sabía la música de una obra que acababa de estrenarse.

Un par de años más tarde, fue Alberto, con sus hermanas Irene y Mercedita, a casa de Mantilla; ellas iban a ver a las niñas de la casa, Carmita y María, y Alberto a Ernesto, por el cual tenía la admiración extraordinaria que suele tener un chico de seis años por un rapaz de doce. Pero al saber que Ernesto no estaba, ya Alberto no tenía interés en quedarse en la visita, y participó a sus hermanas

que se marchaba, protestando que podía irse solo, que sabía perfectamente el camino.

Cuando las hermanas regresaron al hogar sin Alberto, hubo gran alarma: el chico no había vuelto. Martí estaba de visita y salieron él y Antonio Carrillo a buscar al niño extraviado en las calles de esa Babilonia, cada cual en dirección distinta. Era ya cerca de la diez de la noche y el muchachito no aparecía. A Martí se le ocurrió que podía estar en el precinto y allí se dirigió. Efectivamente, un policía lo había encontrado y lo había llevado allí, esperando que lo fueran a buscar sus familiares.

Hoy cuenta Alberto Carrillo, muy ufano, cómo Martí lo encontró cuando estaba perdido en las calles de Nueva York.

Él y Martí hicieron grandes migas y conserva con orgullo cuatro libros que le regaló, con dedicatorias que aumentan su valor: *A Trip Around the World* dice:

A Alberto, del amigo que más lo quiere.

José Martí, Nueva York, agosto /91.

En una Cartilla científica pone:

A Alberto, que es hombre de ciencia

JOSÉ MARTÍ, Nueva York /94

Y al dedicarle Antigüedades romanas:

Alberto querido: Tu carta es tan linda que tengo que regalarte este libro que yo mismo traduje. Hay que trabajar mucho para vivir. Tu amigazo,

José Martí, marzo /94.

El último es *The Knockout Club in the Antilles*, en el que se trata de Cuba.

Martí se lo ofreció el 24 de diciembre de 1894, en aquella última cena de Nochebuena, en casa de Carrillo; pero no llevaba el libro consigo y se lo dio ya entrado el mes de enero. La dedicatoria dice:

A Alberto querido: este libro con muchos errores y muchas injusticias —pero con unas cuantas palmas.

Su MARTÍ, Pascuas de 1895.

Habiendo ido Martí un día a casa de Carrillo, invitado a almorzar, Antonio, su antiguo condiscípulo en España, se disculpó por tener que salir inmediatamente después del almuerzo para ir al muelle de la línea de Ward a esperar un sobrino de Irene que llegaba de Cuba —a menos que quisiera acompañarlo... Fueron, pues, juntos y en el camino, Carrillo le contó a Martí que el joven que llegaba, Federico Edelmán y Pintó, tenía mucho talento para la pintura, que se había graduado con honores en la Academia de San Alejandro, en La Habana, y que iba a Nueva York para ampliar sus estudios y ganarse la vida.

En cuanto bajó Fico del vapor, Martí entabló conversación con él. Nada le gustaba tanto como hablar de pintura, y deslumbró al joven con sus atinadas observaciones, sus consejos al artista, su brillante charla, tan fina y tan sabia a la vez. Fue el *coup de foudre*. Fico fue conquistado definitivamente y por toda la vida. En un momento en que Martí se apartó, le preguntó a su tío: “Dime pronto, ¿quién es esa maravilla?” “¡El hombre más inteligente de Cuba!”, le contestó Carrillo.

LOS PERIÓDICOS Y SUS DIRECTORES

La América, periódico dedicado a asuntos de agricultura, industria y comercio, venía publicándose desde 1883. A su primer propietario, E. Valiente, sucedió Ricardo Farrés. Deseando este mejorar la calidad literaria del semanario, le pidió a Martí algunas colaboraciones.

La firma del Maestro, ya muy conocida y admirada, aumentó sin tardar el prestigio y la circulación de la revista, hasta que, al tomar Martí cada día una parte mayor en su confección, acabó por escribirlo casi todo y ser nombrado director.

Farrés era un caballero distinguido, y tanto su señora, América Goicuría, como su cuñada Hortensia Goicuría, figuraban entre las cubanas más bellas y elegantes de la colonia de Nueva York.

Las recuerdo a ambas como dos soles: América, trigueña, de tipo andaluz, de mucha gracia y donaire; Hortensia, alta, esbelta, con cabellos castaños; tenía porte de reina y mirada de estrella.

Su casa era frecuentada por el elemento aristocrático de los cubanos residentes y los de paso por la ciudad.

Allí conocí a esa gran dama que presidió un verdadero salón en aquella mansión sin par del Cerro (después embajada de los Estados Unidos), que fue hasta su muerte una de mis amigas más amadas, Enriqueta Echarte de Farrés.

El Avisador Cubano, la hoja que leía la emigración, era propiedad de su director, Enrique Trujillo, periodista de Santiago de Cuba, fugado de España, a donde había sido deportado por sus ideas separatistas. Hizo ir de Cuba, a Nueva York, para reunirse con ella, a toda su familia: madre, esposa y cinco hijos.

Había que trabajar duro para mantener a tanta gente; pero Trujillo era buscavida y batallador: hombre alto, trigueño, nervioso, con cerrada barba negra, ojos penetrantes, gesticulador y parlero. Su casa hospitalaria estaba siempre llena de gente.

En su periódico, recién fundado, apareció el famoso reto de Martí: “Invito a los cubanos de Nueva York a una reunión en Clarendon Hall, el 25 de junio de 1885, para responder a cuantos cargos quisieran hacerme mis conciudadanos.”

Iba a defenderse, a contestar acusaciones y salió del local bajo una salva de aplausos, en triunfo.

Trujillo y Martí fueron, en una época, muy amigos, pero el imprudente santiaguero no estaba siempre de acuerdo con el Maestro, ni le fue siempre muy leal, a pesar de su entusiasmo primitivo, y más de una vez tomó el partido de los adversarios del Apóstol.

El Porvenir sucedió a *El Avisador Cubano* y fue durante algunos años el portavoz de la Junta y de la Colonia, hasta que se fundó el Partido Revolucionario Cubano, del cual era Martí, Delegado. Se imponía entonces un órgano oficial del Partido y se fundó *Patria*, semanario dirigido por el Delegado y redactado muchas veces por él en su totalidad.

No tuvo Martí colaborador más devoto que el impresor Sotero Figueroa, puertorriqueño de color, sumamente inteligente y buen escritor. Con Gonzalo de Quesada, Guerra, Castro Palomino y algunos más, escritores fijos y de ocasión, se aseguraba la confección del periódico, aunque estuviera Martí de viaje.

Después de Dos Ríos, el sabio filósofo Enrique José Varona asumió la dirección de *Patria*.

La colección de *Patria* encierra artículos de Martí de un valor inapreciable—algunos son documentos de trascendencia histórica—, pues todo lo escrito por el eximio autor es simplemente único. Hasta las más sencillas notas tienen un *cachet*, un sabor inimitable.

EL GENERAL CALIXTO GARCÍA

El general Calixto García, para no caer vivo en manos de los españoles en 1874, se había disparado un tiro por la sotabarba que, por un verdadero milagro, salió por la frente, perforando la bóveda bucal, sin matarlo. Esa cicatriz, en medio de la frente, como estrella solitaria, era el emblema fijo de su irreductible cubanidad.

Volvió de su exilio en España a Nueva York, para preparar la desventurada Guerra Chiquita. Allí trató mucho a Martí, gran admirador del valiente general mambí y de los suyos. Una composición poética dedicada a Leonor García Vélez queda como testimonio de esa amistad:

A LEONOR GARCÍA VÉLEZ

Con motivo de la expedición de su padre, el general Calixto García.

*Leonor: —¿lo ves? Los pies ensangrentados,
Rota la frente, el alma en cruz, —pasea:
Rugen sus pensamientos agitados
Como la mar que contra el barco ólea;—
Y con alas de sangre, el aire corta,
Pura, sombría, absorta,
Rumbo al cielo ¡oh dolor! la gran idea!*

*Leonor: lo ves? —Pero si en hora oscura
Sobre los muertos generosos gime,
Y entre enemigos hierros, sufre al cabo
Ese dolor sublime*

De llevar sobre el hombro a un pueblo esclavo;

*Si desde el alta solitaria prora,
En el aire, cargado de tormenta,
Vierte las suyas, —nuestra infamia cuenta,
Los patrios males y los propios llora;*

*¿Qué te importa, Leonor? —Cuando a ti vuelva,
Lo enlazarán tus brazos como enlaza
En medio de la selva
Al viejo tronco erguido
Por el rayo violento sacudido, —
La fragante, la dulce madre selva!—*

Nueva York, 18 de agosto de 1880.

Me cuenta el general Carlos García Vélez cómo fue él con otros jovencitos cubanos a decorar con banderas Steck Hall, el 24 de enero de 1880, día del célebre primer discurso neoyorquino de Martí, en el que se reveló gran tribuno.

Después del fracaso de la guerra del 80, volvió Calixto García a España, hasta que se fraguó la Revolución triunfante del 95, para la cual condujo a Cuba dos expediciones, donde iba con sus hijos Carlos, Justo y Mario.

En España se publicó la noticia del suicidio de Calixto García, y Martí escribió un largo elogio fúnebre del bizarro general. Resultó luego que el suicida no había sido Calixto García Íñiguez, sino su hijo Calixto García Vélez. Alegrándose Martí de que vida tan valiosa para las armas patrias hubiera sido salvada, escribió otro artículo rectificando el primero, y a la vez que se condolía con el padre desolado, le decía que había tenido la suerte de leer en vida su elogio póstumo, privilegio excepcional. A doña Isabel Vélez, esposa del general Calixto García, la conocí después de la Revolución. Era una matrona fuerte, de corte romano, digna compañera y madre de héroes.

LAS HERMANAS SIMONI

El gran amor de un héroe, de un alma pura, iluminó la vida de una mujer digna de ese amor.

Amalia Simoni de Agramonte tuvo esa aureola y supo llevarla.

De ella ha escrito Martí: “Por la dignidad de su vida, por su inteligencia rara y su modestia y su gran cultura, por el cariño tiernísimo y conmovedor con que acompaña y guía en el mundo a sus dos hijos, los hijos del héroe, respeta *Patria* y admira a la señora Amalia Simoni, a la viuda de Ignacio Agramonte.”

Poco antes de estallar la Gran Guerra del 68, regresó a Puerto Príncipe, desde París, el conocido doctor Simoni, con sus dos hijas, Amalia y Matilde. Ambas habían estudiado en Francia: eran lindísimas, graciosas y elegantes. Amalia cantaba admirablemente y con su voz seductora cautivó, al instante de conocerla, al apuesto y valiente Ignacio Agramonte.

Matilde conquistó, de golpe también, a un primo de este, Eduardo. Pero ¡ay! las esposas de ambos pronto enviudaron: los dos Agramonte cayeron peleando por Cuba libre.

El hijo de Ignacio, aquel que llamó “mi soldadito”, nació en la manigua, pero su hija, Herminia, vino al mundo en Nueva York. No queriendo el joven general exponer a su esposa otra vez a las penalidades de la vida errante, la envió a los Estados Unidos antes de su segundo alumbramiento. A los pocos meses caía el héroe bajo las balas españolas en el campo de batalla.

Andando el tiempo “el soldadito” se casó con Emma Betancourt.

Con motivo de ese matrimonio escribió Martí:

De Ignacio Agramonte todo es nuestro; su abnegación nos guía, su carácter nos honra, su mirada nos enciende las entrañas cobardes, su memoria grata y

pura es como una riqueza en cada hogar, sus hijos son como nuestros hijos. Si errasen, sufriríamos. Si van por el mundo con el alma limpia del padre, con el alma fiel de la madre, gozamos como con nuestra propia pureza.//El hijo de Ignacio, que ya es hombre de por sí, saca ahora del hogar querido de Graciano Betancourt a una hija bella, a Emma, que es todo lo noble. Cuelguen a la puerta de su casa nueva la corona de laurel del padre.

Eduardo y Matilde también tuvieron un hijo, Arístides Agramonte, el médico insigne que, poniendo en práctica, con otros sabios, los descubrimientos científicos de nuestro Carlos Finlay, contribuyó a extirpar de Cuba y del resto del mundo la terrible fiebre amarilla.

Arístides Agramonte estudió en los Estados Unidos; obtuvo premios y honores en la gran Universidad de Colombia, en aquella noche memorable en que siguieron al arrogante Arístides, con lágrimas de orgullo, “los ojos enamorados de su madre, la señora Matilde Simoni de Castillo”.

Matilde Simoni fue siempre muy querida por su bondad y su dulzura.

De su segundo matrimonio tuvo tres hijas: Esther, Hortensia y Sarah Castillo, tan celebradas y populares en las fiestas de la colonia neoyorquina.

Arístides Agramonte se casó con la hija de Fidel Pierra, connotado cubano, importante hombre de negocios y de cultura, amigo de Martí. Era una pareja muy simpática, favorita de todos.

LA CASA DE MANTILLA

Carmita Mantilla se había mudado varias veces durante la estadía de Martí en Nueva York.

De la calle 29, donde él se hospedó al llegar, se cambió a una casa en Brooklyn y otra vez a Nueva York a dos o tres diferentes lugares.

Donde quiera que sentara sus lares se reunían los amigos. En su sala conocí al gran amigo de Martí, Fermín Valdés Domínguez, y a buen número de literatos de nuestra América: César Zumeta, Vargas Vila, Juan Pérez Bonalde, Fabio Fiallo y al médico revolucionario, Eusebio Hernández.

Don Mariano había estado en Nueva York antes de mi tiempo. Habitaba con su hijo, entonces instalado con su mujer en una casita en Brooklyn. Luego, cuando Carmen Zayas Bazán regresó a Cuba, él y Pepe Martí se quedaron solos unas semanas, hasta que se mudaron al lugar hospitalario de Carmita Mantilla.

Yo no lo conocí, pero, como recuerdo de su paso por la metrópoli americana, queda en nuestra familia la memoria de unos versos enviados a mi cuñada Adelaida Baralt.

Luis y Adelaida habían invitado a comer una noche a Martí y, estando enfermo su padre, se disculpó, según su costumbre galante, con un soneto. Helo aquí.

*Ayer, linda Adelaida, en la pluviosa
Mañana, vi brillar un soberano
Arbol de luz en flor, —¡ay! un cubano
Floral, —nave perdida en mar brumosa.
Y en sus ramas posé, como se posa,*

Loco de luz y hambriento de verano,

*Un viejo colibrí, sin pluma y cano
Sobre la rama de un jazmín en rosa.*

Mas parto, el ala triste! cruzo el río,

*Y hallo a mi padre audaz, nata y espejo
De ancianos de valor, enfermo y frío.*

*De nostalgia y de lluvia: ¿cómo dejo
Por dar, linda Adelaida, fuego al mío,
Sin fuego y solo el corazón del viejo?*

JOSÉ MARTÍ

Cuando fue doña Leonor a Nueva York, ya yo estaba casada, y la vi en casa de Mantilla varias veces. Era mujer más bien alta y gruesa, con una mirada luminosa en cara enérgica —digo luminosa en cuanto a la expresión, porque la vista de aquellos pobres ojos andaba bastante mal, y se fue empeorando paulatinamente hasta apagarse, casi por completo, en los últimos años.

Le dio a su hijo, como regalo, al llegar, una sortija hecha con un eslabón de la cadena del grillete que llevó en presidio. Tenía la sortija como un centímetro de ancho con la palabra CUBA tallada en grandes letras.

Martí, con ella, se desposó con la patria, como los antiguos *dux* de Venecia se desposaban con el Adriático, en simbólico gesto, aunque el juramento de dedicar su existencia a la liberación de Cuba fue hecho muchos años antes, en Madrid en 1871, cuando la noticia del bárbaro fusilamiento en La Habana, de los estudiantes de Medicina lo llenó de indignación.

Desde aquel momento en que su madre le puso al dedo el anillo de hierro, Martí nunca se separó de él. Se le ve en el retrato al óleo que le hizo el pintor escandinavo Norrman; lo llevaba cuando cayó bajo las balas españolas en Dos Ríos. ¿Qué será de esa prenda inapreciable? ¿A dónde iría a parar?

Me cuentan que dijo al recibirla: “Ahora que tengo una sortija de hierro tengo que hacer obras férreas.”

Doña Leonor, tan feliz de volver a ver al hijo que llenaba su corazón maternal de amor y de orgullo, fue muy agasajada por la colonia cubana.

Era la mujer valiente que en la noche de los sangrientos sucesos de Villanueva, desafió las balas de la calle y fue hasta el colegio de Mendive, en el Prado, a pocas cuerdas del teatro del tiroteo, a buscar a su hijo, como recuerda Martí en el poema “XXVII” de los *Versos sencillos*:

[...] Y la mujer

*Que llama, me ha dado el ser:
Me viene a buscar mi madre.*

*A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitan los sombreros
Ante la matrona fuerte.*

*Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
“Vamos pronto, vamos, hijo,
La niña está sola: vamos!”*

No puedo resistir a la tentación de transcribir aquí la última carta de Martí a su madre. Aunque muy difundida, es un documento tan admirable que ningún cubano debe dejar de conocerla.

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. Martí

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginar. No son útiles la verdad y la ternura. No padezca.

[Montecristi], marzo 25, 1895.

Desde que sus hijos mayores pudieron trabajar (allá por el '91), Manuelito, empleado en una oficina comercial, Carmita hija, secretaria taquígrafa, la señora de Mantilla se había mudado a un apartamento, donde no tenía más huéspedes que Martí y alguno que otro estudiante.

Al marcharse Martí a Cuba, para la Revolución con Manuelito¹³ —ambos por una larga ausencia— y estando su hijo menor, Ernesto, interno en Central Valley, en el colegio de Estrada Palma, Carmita quitó su piso y fue a pasar, con sus dos hijas Carmita y María una temporada con nosotros, hasta ver cómo orientaba su vida.

Estando madre e hijas en nuestra casa, se recibió la noticia de la muerte de Martí, acaecida en Dos Ríos, en acción de guerra.

La supimos por *The New York Herald*, diario de la mañana, el 22 de mayo, y algunos días después, llegaron las últimas cartas escritas en la manigua.

No puedo decir la impresión que nos hicieron aquellas cartas palpitantes de vida y de emoción, cuando sabíamos que la mano que las había escrito estaba yerta y el ardiente corazón había dejado de latir.

Curiosa coincidencia.

En la noche del 18 al 19 de mayo, mi marido se despertó angustiado; había tenido en sueño la visión de la muerte de Martí, caído en el campo de batalla, y nos lo comunicó a la mañana siguiente.

No le dimos mayor importancia, pero al saber la luctuosa noticia días después, quedamos asombrados con la advertencia que había tenido su fraternal corazón.

Fotos



Blanche Zacharie de Baralt



José Martí con su hijo José Francisco y su esposa Carmen Zayas [1885]



José Martí con Manuel Mantilla, fotografía tomada probablemente en Nueva York, en enero de 1895.



José Martí con María Mantilla, Bath Beach, Long Island; Nueva York, 1890.

Notas

¹ Por la Editorial Trópico y con prólogo de Emeterio Santovenia. <<

² Con el pretexto de intervenir en la guerra, que ya estaba ganada por los patriotas cubanos, los Estados Unidos acordaron el hundimiento del acorazado, el 15 de febrero de 1898. El interés yanqui en su afán de expansionismo imperialista, era apoderarse de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Aunque no pudieron hacerlo con la primera, en cambio en la actualidad son dueños de las dos últimas. [Salvo indicación expresa las notas son de Nydia Sarabia. (*N. del E.*)<<

³ Algunas de esas biografías, como la de Jorge Mañach, por ejemplo, idealizan la figura de Martí en sumo grado. <<

⁴ Efectivamente, Martí era vigilado constantemente por agentes o detectives de la agencia Pinkerton, cuyos archivos pasarían luego al FBI, y, posiblemente, se encuentren aún en la Agencia Central de Inteligencia (CIA). El Despacho no. 25, “Del cónsul general de España en Nueva York, Arturo Baldasano y Topete, al Exmo. Sr. Ministro de S.M. en Washington”, así lo atestigua. El Gobierno de España pagaba a estos espías para vigilar y penetrar en las filas de los patriotas cubanos y en especial a Martí. En este *report* de la Pinkerton se señala la “estricta vigilancia sobre Quesada y la señora Carmen Mantilla por dos agentes de Pinkerton”, al descubrir que Martí había desaparecido cuando salió hacia Santo Domingo.<<

⁵ Hermana menor de Ubaldina. <<

⁶ El abogado Orestes Ferrara y Marino, inmigrante italiano, llegó a Cuba antes de iniciarse la Guerra de Independencia. Se incorporó a la gesta y alcanzó el grado de coronel. Posteriormente hizo su primera salida en la política cubana, bajo la dirección de José Miguel Gómez, ocupando destacadas posiciones como catedrático de Derecho Político, representante y presidente de la Cámara, secretario de Estado y embajador de Cuba en Washington. Perteneció al Partido Liberal. Era un liberalista retórico y burgués, que se contradecía en su línea política, pues apoyó a Gerardo Machado. Sus críticos lo tildaban de maquiavelismo. Gran polemista de destacada cultura, llegó a escribir varios libros. Como machadista abandonó precipitadamente el país a la caída del tirano (1933). Vivió en Europa y allí murió.<<

⁷ Hija del coronel Smith, “que ganó gloria, y batallas; cuando los lanceros desnudos de Páez tomaban al abordaje las cañoneras españolas” (José Martí: “En casa”, en *Patria*, 20 de agosto de 1892, *Obras completas*. La Habana, 1963-1973, t. 5, p. 391), y hermana de Victoria Smith de Urbaneja, distinguidas damas caraqueñas, primas de Carmita Miyares y Peoli. Estaba casada con el entonces Cónsul de Venezuela en los Estados Unidos. “Fue una de las damas venezolanas que en Caracas prestó grandes servicios a Cuba durante la Guerra de los Diez Años. Como hija digna de uno de los próceres que formaron la renombrada Legión Británica, que prestó poderosa ayuda al libertador Simón Bolívar, siempre aspiró a ver a Cuba independiente (O.C., t. 7, p. 275, nota a pie de página).<<

⁸ Nació en 1843 y era hijo de colombianos asentados en Santiago de Cuba. Falleció en Nueva York el 18 de febrero de 1885.[<<](#)

⁹ Ostentaba el grado de coronel cuando desembarcó en Cuba con los Rough Riders o *cowboys* quienes se dirigieron a Siboney. Era el segundo del coronel Teodoro Roosevelt y formaba parte de la tropa que impidió al general Calixto García entrar victorioso en Santiago de Cuba, en julio de 1898. Sustituyó al primer interventor yanqui, Brooke, en diciembre de 1899, como, gobernador militar de Cuba hasta que fue elegido Tomás Estrada Palma como primer presidente de la República mediatizada. <<

¹⁰ Patriota de la Guerra de 1868. Cooperó en la gesta independentista de 1895, y al morir José Martí fue nombrado su sustituto como Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Esta designación fue un grave error, pues Estrada Palma era un enamorado de la *democracia* norteamericana y no tuvo la talla de Martí como conductor del pueblo. Por amistad con los interventores americanos, fue seleccionado como primer presidente de la República mediatizada. Afrontó, problemas en la administración y de inmediato llamó en su ayuda al Ejército yanqui que de nuevo ocupó la Isla. Estrada Palma murió pobre y olvidado. No supo ser el continuador de José Martí, Antonio Maceo y otros líderes de la independencia patria. <<

¹¹ Debe decir 1894. Fue una distracción de Martí por haber puesto la dedicatoria ya en enero de 1895. (*N. de la A.*)[≤≤](#)

¹² Porque vivió en Brooklyn (*N. de la A.*)[<<](#)

¹³ Manuel Mantilla y Miyares falleció, víctima de la tuberculosis, en Nueva York, el 8 de noviembre de 1896. <<